



el constructor
de muros

natalia walsh



EL CONSTRUCTOR DE MUROS

Natalia Walsh

© Natalia Walsh, 2017

© De la edición: Kira van Daan Ediciones, 2017 kiravandaanediciones@gmail.com ISBN edición
impresa: 978-1542577960

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todas las mujeres que, cuando soplan vientos de cambio,
construyen molinos en lugar de muros.

Índice

PRIMERA PARTE

La Persona que lo Cambiará Todo

Retales

Medidas

Luto

La muñeca

Escaleras y fantasmas

Pasar página

Crece r

Ve las, espejos y ropa en el pasillo

SEGUNDA PARTE

El Día que lo Cambiará Todo

Otra vez papá

Tiempo

Paul

Inocencia

La pena de los de más

Viviremos en Edimburgo

El muro de William

Explicaciones

Una hora menos

TERCERA PARTE

Razone s

Que re r o culparse (I)

Que re r o culparse (II)

Todo bie n

Vacacione s, ronchone s y ve stidos

Si no tuvié ramos que morir

De se os de cosas imposible s

La me jor me dicina

La cima

Analizar

Ve rgüe nza

Grave dad

Sabe rlo todo

Amor

Gigante roja

Días malos

Enana blanca

Enana ne gra

Aguje ro ne gro

Abismo

Cambiarlo todo

La de spe dida

Epílogo

PRIMERA PARTE

La Persona que lo Cambiará Todo

Tenía poco más de diez años cuando lo conocí.

Aún puedo percibir el olor a tierra húmeda y el sonido de mis zapatos recorriendo el camino hasta su casa, la casa de los Ardwell. Decenas de viviendas georgianas poblaban ambos lados de la calle. Yo las contaba al ritmo de mis pisadas, hechizada por el color ahumado de los edificios.

—De prisa, Valery —dijo mi madre. Interrumpí la cuenta—, y recuerda: debes portarte bien.

No levantes la voz ni pidas algo si no te lo ofrecen. Sé educada y...

Mamá, que tiraba de mí como solía hacerlo con Paul, nuestro mastín, detuvo la marcha y sacó un pañuelo de su bolsillo. Me levantó la barbilla y frotó mi mentón.

—¿Volverá Paul si me porto bien? —pregunté—. Dime, ¿volverá?

Sonreí al imaginar a mi amigo brincando por el patio de nuestra casa en Marsella, jadeando como cuando papá le hacía corretear de un lado a otro.

—No es el momento, Valery. Y espero no tener que repetírtelo: nada de separarte de nosotras, ni de acariciar animales si los hay, ni de tocar los muebles. Y mucho menos...

Clavé la mirada en el cielo mientras mamá seguía parloteando y tirando de mí con fuerza.

Unas enormes nubes negras borboteaban allí arriba y comenzaban a caer las primeras gotas.

Escuché refunfuñar a mi hermana unos pasos más adelante. Maldito Edimburgo, decía, maldito y estúpido clima. Aunque su pelo seguía liso, no como el mío, Melissa no paraba de tocárselo sin perder de vista el cielo oscuro. Llevaba un vestido negro precioso y el maquillaje impecable.

Cuando yo tuviera veinte años, pensé, querría verme como ella. Un zarandeo de mamá me devolvió a la realidad.

Caminamos durante diez minutos, hasta detenernos junto a una casa algo más grande que el resto. En total conté tres pisos de piedra ahumada y cuatro enormes ventanales. El jardín frontal consistía en una pequeña alfombra de hierba y varios arbustos. En cuanto cruzamos el estrecho camino de piedra que conducía a la puerta mamá llamó al timbre. Melissa se sacudió los zapatos y volvió a arreglarse el pelo. Poco después un hombre vestido de pingüino nos abrió; entonces mamá apretó mi mano y me puse muy tiesa.

—La señora Ardwell las espera en el salón.

Melissa esbozó una sonrisa deslumbrante y siguió a aquel hombre. Yo me dejé arrastrar por mamá.

El techo del hall era altísimo y de él colgaba una lámpara de lágrimas que me cortó la respiración. Dejé de mirarla al descubrir los mosaicos de las paredes, pero noté un empujón que me obligó a seguir. Pronto nos encontramos en una sala de estar de aspecto antiguo, donde aguardaba una mujer mucho más joven que mamá.

Tenía la frente amplia y el mentón muy marcado, al igual que los pómulos. Tardé un poco en darme cuenta

de que el cabello, oscuro y rizado, le colgaba hasta la cintura, y es que iba completamente vestida de negro. Sus ojos me dedicaron un guiño.

A su lado había un chico de la edad de Melissa, que saludó a mi hermana con un apretón de manos. Cuando reparó en mí se agachó para besarme.

—Pinchas —le dije, frotándome la mejilla.

El joven echó a reír. Más tarde supe que era Robert, el hijo mayor de la señora Ardwell.

—Saluda tú también a Valery, William.

Entonces lo vi.

Papá solía decir que nadie recuerda el momento en que aparece la Persona que lo Cambiará Todo, de la misma manera en que se pasa por alto el encuentro con un desconocido. Un apretón de manos, contaba, no es suficiente para leer el futuro.

Aquella tarde papá llevaba tres semanas dentro de la caja que unos hombres habían enterrado bajo la hierba del cementerio, y con él sus palabras, por eso miré a William Ardwell creyendo saber quién era. Él estaba sentado en el sofá, absorto en un libro. Cuando su hermano mayor le dio una colleja alzó la vista y me escrutó durante unos instantes. Gruñó, cerró el libro y echó a andar hacia la puerta. Quise ir tras él, pero la mano de mamá se me clavó en el hombro.

Seguí a William con la mirada hasta que desapareció.

Retales

Seis noches tardó mamá en terminar el vestido que Melissa llevó a casa de los Ardwell, puntada a puntada, con la ayuda de una máquina vieja de coser. Incapaz de dormir, yo la observaba trabajar y me entretenía con los retales que caían al suelo.

Cuando vivíamos en Marsella, mamá solía animarme a diseñar vestidos para mis muñecas usando la tela que sobraba. Los hacíamos por decenas, pero su armario en Edimburgo estaba tan vacío como el mío y allí nadie tenía tiempo para ayudarme con las puntadas. Terminada la noche de faena, mamá apagaba la máquina, barría alrededor y los pedacitos de tela iban a parar a la basura.

No hubo retales durante nuestra primera semana en Escocia, sin embargo. Hasta el día en que acompañamos a papá al cementerio mamá se negó a salir de la pensión. Llegado el momento las tres nos pusimos nuestros mejores vestidos y, mientras caía la lluvia, observamos cómo dos hombres con la camisa arremangada resoplaban y recubrían de tierra la caja de madera. Nadie salvo el cura dijo una sola palabra. Nadie más que él nos acompañó. Después de permanecer un rato larguísimo frente a la tierra húmeda y revuelta nos invitó tomar el té en una salita de los locales parroquiales.

—Aún... Aún no puedo creerlo.

Mamá miraba algún punto en el fondo de la sala, la mano sosteniendo una cucharilla hundida en el azucarero. Me fijé en cómo Melissa la sacudía con disimulo, hasta que soltó el cubierto. El cura colmó nuestras tazas de té.

—Has vuelto a casa, Ann, a Edimburgo, y tus hijas están contigo.

Los ojos de mi madre empezaron a ponerse vidriosos. Clavé los míos en la bandeja de pasteles situada en el centro de la mesa y elegí al azar dos o tres que fueron a parar a mi plato con más estruendo del necesario. Melissa me pellizcó por debajo de la mesa y ahogué un grito.

Aunque yo había intentado no levantar la cabeza del plato, mi mirada se cruzó con la del cura.

Era mucho mayor que papá y no sonreía, aunque le caían por encima de las orejas unos mechones pelirrojos parecidos a los de él.

—Ann, mírame. —El cura levantó la barbilla de mi madre—. ¿Cuál es vuestra situación?

Silencio. Pronto ya no quedarían pastas en mi plato, me dije. De un salto bajé de la silla y bordeé la mesa, hasta alcanzar la bandeja. Melissa no me reprendió cuando me serví casi todas las que quedaban.

—En Marsella teníamos el taller —dijo ella—. Había empleadas, incluso una pequeña tienda.

Hacíamos arreglos, más que todo. Los meses antes del cierre yo también cosía.

—¿Es suyo el traje que llevas?

Todas nos giramos para mirar a Melissa, incluso mamá. Mi hermana asintió y se puso de pie.

—Bueno, no soy un entendido, pero podría servir. —El cura rodeó los hombros de mamá—.

Escúchame, Ann. Lo primero será encontrar un colegio para Valery... Un lugar en el que podáis vivir. Melissa te ayudará con el trabajo, y yo te daré algunos contactos. No digo que sea sencillo, pero pondremos los medios y dejaremos que Dios haga el resto. ¿Estás dispuesta?

Mamá murmuró que sí. Volvimos a ponernos nuestros abrigos y el cura nos despidió después de entregarnos una caja muy pesada que apenas pudo sostener con ayuda de Melissa.

—Vais a necesitarla... Hay muchos retales que recomponer.

De vuelta a la pensión, aquella noche, el color volvió al rostro de mamá al acariciar la vieja y oxidada máquina de coser.

Medidas

—El padre McAnthony me ha hablado maravillas de ti. ¿Es tuyo ese vestido?

La señora Ardwell dejó la taza de té sobre la mesa y señaló el atuendo de mi hermana. Mamá asintió; tenía las mejillas rojas.

—Es precioso.

—Yo... Gracias, señora.

—Brenda, Ann, llámame Brenda.

Mamá se sonrojó aún más y volvió a asentir. Cuando extendió la mano para alcanzar la tetera a punto estuvo de volcarla.

—¿Conoce... conoce al padre desde hace muchos años, Brenda?

—¡Diría que desde siempre! Ofició mi confirmación, mi matrimonio y bautizó a los chicos.

Nos ha acompañado en algunos momentos difíciles, también. —La señora Ardwell agitó su larguísima melena—. Pero no hablemos de él, Ann. Me gustaría mucho ver alguno de tus otros trabajos. Llevas años dedicándote a la costura, ¿verdad?

—Diría... —Mamá esbozó una pequeña sonrisa—. Diría que desde siempre.

—¡Es la mejor! Sus vestidos son los más bonitos que yo haya visto, solo tiene que mirar el de Melissa.

—¡Valery!

Mamá me dedicó una mirada dura y yo agaché la cabeza. Cuando me atreví a levantarla, la señora Ardwellreía.

—Así que el vestido más bonito del mundo.

—¡Claro que sí!

—Señora Ardwell, discúpela, no... —empezó mamá.

—Dime, Valery, ¿crees tú que me sentaría bien uno parecido? —Asentí de nuevo y su sonrisa se hizo mayor. Entonces echó la silla hacia atrás mientras miraba a mamá—. Pues no se hable más. ¿Qué te parece si me tomas las medidas, Ann?

Mi madre se puso de pie al momento y comenzó a hurgar en su bolso. Melissa apuró el té e indicó a la anfitriona que se levantara.

—Tardaremos un momento. No será nada, de verdad, y quedará usted encantada... Se alegrará de habernos hecho venir.

Aproveché el revuelo para escabullirme, no sin antes esconder un puñado de pastas en mi bolsillo. Solo la señora Ardwell, en pie para que mamá le tomara las medidas, notó que salía, y me dedicó un guiño.

Volví al vestíbulo y me asomé al salón, donde ya no quedaba nadie. Contemplé la majestuosa escalera de madera y aferrada a la barandilla subí un par de peldaños.

Dudé entre seguir o regresar al salón; luego imaginé que William había tomado ese camino y ascendí uno más. Al hacerlo, recordé la advertencia de mamá: pórtate bien. Bajé los escalones de puntillas y me senté a contemplar la lámpara de cristal mientras engullía las pastas.

—Melissa, pásame otro alfiler. Eso es, con que añadamos cinco o seis centímetros al bajo es suficiente...

¿Y Valery? ¿Dónde se ha metido esa chiquilla?

Corrí al salón de té al oír mi nombre y me apresuré a regresar a mi asiento. Mamá me reprendió con una mueca pero pronto volvió a arrodillarse junto a la señora Ardwell. Su hijo mayor, el chico de la barba pinchuda, entró al poco. Pensé que William vendría con él, pero nadie le siguió.

—Robert, ¿has visto? El padre McAnthony tenía razón. Finalmente Ann coserá un vestido idéntico al de Melissa, para mí.

—Genial, mamá.

Vi cómo sus ojos se cruzaban con los de mi hermana y a ella se le escapaba la cinta métrica.

Ambos se agacharon para recogerla y entendí por qué mamá había sugerido añadir unos centímetros al vestido.

Aquella tarde volvimos a casa en taxi, y mi madre insinuó que pronto podría estrenar zapatos nuevos. Melissa resplandecía: como comentó, no tardaríamos en regresar a la casona. Antes de que la puerta se cerrara detrás de nosotras volví la cabeza en busca de William.

Él ya no estaba, pero lo estaría.

Luto

Desde que la señora Ardwell requirió nuestros servicios había días en los que ni siquiera pasábamos a que me cambiara después de clase. Tomábamos el té en, al menos, tres casonas distintas, y sólo había sustitutos para mi uniforme si vivían niños en alguna de ellas. Más que un maniquí, yo solía ser objeto de burlas por culpa de mi acento. Terminado el repertorio de vestidos nuevos, que después vendían, nada más quedaban las risas de aquellos niños.

Para Melissa, en cambio, cualquier tarde era divertida. Ella parloteaba con los hermanos mayores entre taza y taza de té, mientras mamá medía y sonreía. Yo era demasiado joven para entender por qué nadie se reía de su acento.

Una noche, cuando el vestido de la señora Ardwell comenzaba a parecer tal, me acerqué a la máquina de coser.

—Apártate de la luz, Valery —dijo mi madre.

—¿Puedo...?

—¿Es que no me escuchas?

—Yo solo...

Levantó los ojos de la prenda y señaló una silla próxima. Me senté con las manos sobre la falda hasta que pareció olvidarse de mi presencia.

—¿Crees que hablo mal en inglés? —pregunté.

—Siempre se te ha dado muy bien. ¿A qué viene eso?

—¿Y Melissa? ¿Habla Melissa mejor que yo?

Mamá no contestó.

—¿Tú sabías francés cuando conociste a papá? —insistí.

Una vez más, silencio. Suspiré y seguí con desinterés el trazo de la aguja, hasta que, incapaz de aguantar un minuto más sentada, me acerqué a la máquina de coser.

—Mamá, ¿por qué la señora Ardwell lleva trajes negros?

Hice ademán de acariciar el vestido. Mi madre me dio un manotazo y gritó que no se me ocurriera poner las manos sobre la tela.

—Vuelve a sentarte. ¡Más atrás!

—¿Por qué negro, mamá? El negro es feo y oscuro, además se ensucia enseguida...

Tironeé de su brazo.

—Supongo que la señora Ardwell es viuda, y las viudas deben vestir de luto —dijo al final.

—¿Y por qué no haces tú lo mismo?

Mamá paró la máquina y me miró a los ojos.

—Yo tengo que trabajar, Valery.

—¿Volveremos algún día a Marsella?

Suspiró, me espantó de su taller y siguió cosiendo.

La muñeca

El pago de la señora Ardwell me llegó en forma de una muñeca Barbie que mamá compró en cuanto tuvo su adelanto en la mano. Aquello me hizo pensar que las cosas iban mejor de lo esperado.

La prueba definitiva del vestido tuvo lugar dos noches de costura más tarde. Caminamos las cuatro hasta la casa de la señora Ardwell: mamá, Melissa, mi muñeca y yo. Aquel día vimos el sol en Escocia por primera vez, de ahí que nadie echara de menos un taxi. Mucho rato después, ya en el recibidor en penumbra de la casona, sentía calor en las mejillas. Le pregunté a mi hermana si le ocurría lo mismo, y sus ojos brillantes me contestaron que también había pensado en Marsella.

La señora Ardwell nos hizo pasar de inmediato al jardín.

—Un día como este no puede desperdiciarse. ¡Y en pleno octubre! ¡Vamos, todos fuera!

Melissa, cielo, quítate esa chaqueta. ¡Me estás dando calor!

Mi hermana lo hizo y también yo, aunque percibiéramos la temperatura como la del más cruento invierno en Francia. La señora Ardwell comenzó a poner la mesa bajo la pérgola.

—Lo había olvidado, ¿sabe? —dijo mi madre.

—¿Te refieres a tratarme de tú, y no de usted, como insistes en hacer?

Mamá forzó una sonrisa.

—Me refiero... me refiero a que aquí también sale el sol.

La señora Ardwell le frotó los hombros.

—Pues claro, mujer. El sol sale todos los días. Todos, aunque haya veces que esté detrás de las nubes. —Giró sobre sí misma—. ¡Robert! Hacen falta dos sillas más. ¿Las traes tú? —Volvió a mirar a mamá—. No importa dónde estemos, Ann. Lo importante es la compañía.

Mamá se quedó parada durante un instante, y luego comenzó a repartir servilletas con gesto ausente. Melissa y Robert aparecieron a los pocos minutos cargados con las sillas que faltaban.

Sirvieron té y una generosa ración de pastas. Yo probé unas migas y enseguida me levanté de la mesa.

La hierba era tan esponjosa como la había imaginado. Me senté a unos metros de la pérgola, lo bastante cerca como para que mamá pudiera verme pero lo bastante lejos como para que no me prestara atención. Cepillé el pelo de mi muñeca con mimo, pensando en cuántas más tendría si la señora Ardwell decidía llenar su armario de vestidos nuevos. De vez en cuando levantaba la cabeza en busca de William, pero él no se dejó ver.

—... Brenda, no voy a aceptar tanto.

—Quiero que lo cojas todo, Ann.

—No es justo que...

—¡No protestes! Mientras los hoteles funcionen todos debemos comer y vestirnos. Hazlo por la niña, y sobre todo por ti.

—Yo...

—Estoy pensando en un traje de falda y chaqueta; además William necesita unos arreglos en su Kilt. Tómatelo como un adelanto. ¡O un regalo!

William.

El peine se me enganchó en el complejo moño que lucía la muñeca. Tiré, y antes de ser consciente, tenía un cuerpo decapitado entre las manos.

Recordaba muy bien el precio de la Barbie. Lo vi cuando señalé la caja y mi madre frunció el ceño.

—¿No prefieres esa otra?

—¡Siempre he querido una como esta! ¡Papá prometió que me la regalaría!

Recuerdo también la cara pálida de mamá, y lo rápido que me puso la caja en las manos.

—Tendrás que cuidarla como si fuera tu hija, Valery.

Tuve un escalofrío al recordar aquel momento. Miré al porche: Melissa limpiaba una manchita en la camisa de Robert y la señora Ardwell los vigilaba por el rabillo del ojo mientras conversaba con mamá. Nadie reparó en mí cuando me levanté y entré en la casa con la muñeca en una mano y su cabeza en la otra.

No lloré. Solo pensaba en cómo arreglarlo, en cómo hacer que no hubiera sucedido. Recorrí toda la planta baja antes de atreverme a entrar en el salón, donde había visto a William enfrascado en un libro. Como no pareció darse cuenta de mi presencia me acerqué poco a poco a él con todo el sigilo que pude.

—¿Qué miras? —dijo cuando nos separaba algo más de medio metro.

—Yo...

Dejó el libro y alzó la vista. No pude evitar quedarme quieta; sus ojos verdes, entornados, se hicieron con mi atención.

—¿Quién te ha dado permiso para entrar aquí?

—No quería molestar, pero...

—Tú eras Valentina, ¿no?

—Valery, me llamo Valery.

—Valentina, Valery... ¿Qué más da?

Apenas parpadeé hasta que William rompió el contacto visual. Jugeteó unos instantes con la esquina de la hoja que había estado leyendo. Finalmente la dobló y cerró el libro.

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó—. ¿Y qué es eso que llevas ahí?

Señaló mi mano izquierda, la que sujetaba el cuerpo de la muñeca.

—Se me ha roto sin querer —dije. Extendí la otra mano para mostrarle la cabeza—. Era nueva...

—¿Y qué quieres que haga?

—Pues... ayudarme a arreglarla. Si se entera mi madre, me gritará y no habrá más muñecas, ni vestidos bonitos, ni...

—Ya. —William se levantó del sofá y se sacudió los pantalones—. Anda, ven conmigo.

Atravesamos el pasillo de la planta baja y salimos al jardín por la puerta de la cocina. Él caminaba delante de mí con las manos en los bolsillos, escupiendo de vez en cuando, en dirección a una caseta algo alejada de la vivienda principal.

—¿Falta mucho?

—Ya estamos.

Abrió una portezuela y me indicó que entrara. Al ver unos escalones que se perdían en la negrura hice amago de darme la vuelta.

—No pasa nada —dijo.

Me agarró por la cintura, mi cuerpo se elevó y estuve en sus brazos. Así, tan de cerca, William olía a colonia y un poco a sudor. Me aferré a su hombro como una lapa pero en cuanto terminó el tramo de escaleras me devolvió al suelo y se alejó de mí.

—¿Dónde estás? ¡No veo nada!

Giré sobre mí misma. Escuché unos ruidos y se encendió una luz titilante. William ajustó un poco la bombilla desnuda que colgaba del techo; entonces pude observar los alrededores de la sala. Tenía forma rectangular y el espacio suficiente para una mesa grande de madera y varias estanterías. Las paredes eran grises y desconchadas, cubiertas de enormes manchas de humedad.

—¿Me la dejas?

Fue más una orden que una petición porque antes de terminar la frase ya me había quitado la muñeca. Se reclinó sobre la mesa, abarrotada de listones, clavos desperdigados y herramientas.

—¿Qué es este sitio? —pregunté.

—Era el taller de mi padre. Le gustaba montar maquetas en su tiempo libre.

—¿Tú también sabes?

—Él murió antes de que yo pudiera aprender.

Destapó un bote y esparció una pizca de pegamento transparente sobre el muñón de plástico.

Giró un momento la cabeza y me sonrió.

—¿Cuántos años tiene tu hermana?

—Veinte —respondí. William gruñó—. ¿Por qué nunca vienes a tomar el té?

—No me gusta.

—Pero si está muy rico.

—No, lo que no me gusta es cómo tu hermana trata a mi hermano.

—¿Qué hay de malo?

Inocente de mí.

—Bah, eres una cría.

Me entregó la muñeca con instrucciones de no usarla hasta el día siguiente. Volvió a subirme aúpas y de vuelta a la claridad se alejó con las manos en los bolsillos.

Escaleras y fantasmas

Transcurrió una larga semana hasta que pude volver a admirar la lámpara de lágrimas. En aquella ocasión fue Robert quien nos abrió la puerta, aunque no tuve oportunidad de saber si se había afeitado, porque solo hubo besos y saludos para Melissa. Los mayores pasaron al salón y yo me quedé a solas con los mosaicos.

Recorrí el pasillo de la planta baja decidida a explorar la casona. A medida que avanzaba el corredor se volvía más oscuro. Esperé a que mis ojos se acostumbraran, mirando de vez en cuando hacia atrás y caminando de puntillas, hasta encontrar una puerta entreabierta. Me quedé quieta delante de ella, escuchando las risas de Robert y Melissa.

Cuando empujé la puerta y pasé al interior de la habitación sus voces pasaron a un segundo plano. Un pequeño rayo de luz iluminaba suavemente la estancia. La crucé con los brazos extendidos en dirección al foco de claridad. Poco a poco identifiqué la silueta de un proyector y una pantalla, así como varias butacas. Todo parecía de otra época, aunque no había una mota de polvo en la habitación. Cuando llegué a la ventana y aparté las cortinas, el hallazgo de la sala de cine quedó olvidado.

William estaba sentado bajo un espeso roble, sujetando un libro. No parecía inquietarle la humedad del suelo o la llovizna que no dejaba de caer. Me quedé mirando sus rizos encrespados, su nariz respingona y los mofletes sonrosados que lo hacían parecer muy niño. Pasó la página y se humedeció los labios con la lengua. Pegué la cara al cristal de la ventana.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Melissa me obligó a darme la vuelta. Ahogué un grito al sentir sus manos sobre mis hombros, apretando más fuerte de lo necesario.

—¡Me haces daño!

—¿Quieres meternos a las tres en un lío y que todo lo que hemos conseguido hasta ahora se quede en nada?

—Lo siento, yo...

Me arrastró hasta el hall y a base de empujones me hizo subir dos o tres peldaños.

—Condenada cría... Quiero que vayas hasta el último piso y te quedes sentada en las escaleras. Bajarás

solo cuando yo te lo diga, ¿lo has entendido? —Asentí. Melissa me agarró la barbilla y se agachó hasta que nuestros ojos estuvieron muy cerca—. No te muevas. No toques nada. Solo quédate ahí, y reza para no encontrar ningún fantasma al que le gusten las niñas malas como tú.

Grité cuando Melissa me propinó un nuevo pescozón. No tuve más remedio que obedecer.

Así fue como descubrí que la casa no tenía tres pisos, sino cuatro, y que la escalera majestuosa terminaba estrechándose hasta desembocar en una puerta cerrada de madera vieja.

Tal y como Melissa me ordenó estuve sentada allí durante muchísimo rato, sin siquiera asomar la nariz por el hueco de la escalera. La luz que se filtraba por debajo de aquella puerta se fue apagando y pronto me quedé totalmente a oscuras. Los fantasmas me acosaron en forma de sombras enormes que se movían por la pared provocando ruidos inventados. Llamé a mi padre y a Paul, sin resultado, y para combatir el aburrimiento y las pesadillas me quedé dormida.

—¿Valery? ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

Noté una mano grande en mi hombro, que podría haber sido la de papá pero resultó ser la de Robert. Me restregué los ojos y poco a poco recordé donde me encontraba. Debíamos estar cerca del tejado, porque se escuchaba repiquetear la lluvia con fuerza y no había ninguna ventana a la vista.

—¿Puedo bajar ya?

—Claro que sí... ¿Es que has estado aquí todo el tiempo porque alguien te lo ha pedido?

Asentí.

—Melissa dijo que no me moviera hasta que ella viniera a buscarme.

—Bueno, pues yo te doy permiso para que bajes. ¿Te parece bien?

—No estoy segura.

—¿Siempre haces todo lo que ella te pide?

Me encogí de hombros mientras se me escapaba una sonrisa. Robert, que hasta entonces se encontraba de cuclillas unos escalones por debajo de mí, correspondió mi gesto y se sentó a mi lado.

—Dime, ¿te gusta esta casa?

—¡Mucho! Me encantaría vivir en una igual. La nuestra es bastante más pequeña y tengo que compartir mi habitación... En Marsella tenía un cuarto grande para mí sola.

—¿Preferías vivir allí?

—¡Claro! En Edimburgo todos los edificios son viejísimos y hace un frío horrible. No sé cuándo, pero algún día volveré a Marsella. Creo que si tu madre encargase muchos más vestidos a la mía podría ser dentro de poco. Tengo ganas de ver a Paul, y... —Recordé de pronto que papá siempre repetía lo grosero que era hablar durante mucho tiempo de uno mismo—. ¿Tú siempre has vivido aquí?

—Siempre, sí.

—¿La señora Ardwell, William y tú?

—Veo que te fijas en todo.

—¿Es cierto que en esta casa hay fantasmas?

—¿Eso también te lo ha dicho Melissa?

Grité cuando Robert me hizo cosquillas en la espalda simulando un aullido de lo más grotesco. Él echó a reír, me rodeó y me hizo sentar en sus rodillas.

—Basta de preguntas, señorita. Ahora vas a contarme por qué tu hermana te ha hecho venir hasta aquí arriba.

—Ya sé que no debería, pero he... he estado paseando por la planta baja.

—Bueno, con semejante castigo imaginaba algo más grave. Dime, ¿has encontrado la sala de cine?

—¡Sí! Y también el jardín. ¡El jardín sí que es una maravilla!

—Apuesto a que William estaba allí. ¿Lo viste debajo del árbol grande?

Asentí, sonrojándome.

—¿Y esa cara? —preguntó—. ¿Ya has hablado con él?

—¡Valery, nos vamos! —Me puse de pies al momento al oír la voz de mi hermana—. ¡Baja ahora mismo! ¿Me oyes? Más vale que... Oh, Robert, estás aquí.

Melissa apareció entonces en el descansillo. La oscuridad me impidió verle la cara aunque supuse que se habría llevado una buena sorpresa.

—Había venido a subir el álbum de Aberdeen y la he encontrado sola, acurrucada en un escalón, pero no te preocupes, que yo la ayudo a bajar. ¿Vienes conmigo, Valery?

Chocamos los cinco y me llevó como un fardo hasta el piso de abajo. Colgada de su espalda, pasé todo el trayecto evitando las miradas asesinas de Melissa, aunque me fue más difícil esquivar los coscorriones que no dejaron de llover desde que salimos de la casona.

Pasar página

—¿Es que no vas a dejar de seguirme?

Intenté esconderme cuando William se dio la vuelta y me gritó, pero iba tan cerca de él que me resultó imposible. Lo mejor que se me ocurrió fue agachar la cabeza y clavar los ojos en el suelo.

—¿Ahora no dices nada?

Levanté poco a poco la mirada, desde los zapatos de su uniforme hasta la casaca azul marino con el emblema de su instituto.

—¿Se te ha vuelto a romper la muñeca?

—No.

—¿Necesitas algo del trastero?

—Tampoco.

—¿Entonces qué quieres?

William suspiró. Llevaba el libro debajo del brazo y estábamos a unos pasos de su roble favorito.

—¿Puedo..., puedo quedarme mientras lees?

Lo pensó unos instantes antes de responder:

—Solo si estás en silencio.

—¡Prometido!

Le seguí con una sonrisa de oreja a oreja. Colocó una gruesa manta de tartán en el suelo y me instalé a su lado con la espalda apoyada en el tronco.

—¿Qué lees ahora? —pregunté apenas hubo abierto el libro.

—Habrías prometido estar en silencio, ¿recuerdas?

—Lo siento.

Me tapé la boca con las manos. Al cabo de unos minutos leía como si yo no estuviera allí. Lo observé quieta y en silencio durante mucho rato a pesar del frío. Cuando terminó el capítulo dejó el libro sobre la manta y se me quedó mirando.

—¿Por qué no vas dentro? Vas a quedarte congelada, si no lo estás ya.

—Me gusta estar aquí contigo.

—¿No te aburres?

—Estoy viendo cómo lees.

William se encogió de hombros. Había vuelto a tomar el libro cuando vimos que la señora Ardwell se acercaba a nosotros.

—¡Valery! Así que estabas aquí. Tu madre empezaba a preocuparse.

Acarició los rizos de William y le plantó un beso en la frente. Él se sonrojó.

—Le he dicho que entre pero jura que no tiene frío.

—¿Seguro? ¡Qué cosas, Valery, tu hermana está pegada a la chimenea! No quiero desalentarla, pero en enero será mucho peor. ¿Has visto nevar alguna vez?

—¡Claro! Papá me llevaba muchas veces al monte, con Paul. A Melissa nunca le gustó venir.

—¡Pobre! Acabará acostumbrándose al clima. Bueno, ¿entonces no entráis? ¿Os traigo algo caliente?

Los dos asentimos. La señora Ardwell me besó en la mejilla y después achuchó a William hasta hacerlo sonrojar de nuevo.

—Pórtate bien.

—Sí...

—Sé un caballero y habla con ella. Procura que no se aleje de ti. ¡Vuelvo enseguida!

A William el color no se le quitó de las mejillas hasta que ella estuvo dentro. A mí se me escapó una risita.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada... Ya no te molesto.

Volvió a sumirse en la lectura, devorando las páginas con una velocidad que me impedía quitarle la vista de encima. En lugar de la señora Ardwell fue Melissa quien nos trajo algo para tomar. William levantó la mirada del libro en cuanto notó que ella venía hacia nosotros. Mi hermana sostenía un termo y tiritaba aunque llevaba puesto el abrigo de mamá además del suyo.

—¿Tú no tenías muchísimo frío? ¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Hola, chicos. —Melissa habló dirigiéndose exclusivamente a William, como si no me hubiera visto—. Tu madre me ha dado esto para vosotros y... Oh, ¿es eso Les Misérables?

—Sí...

—¡Va a resultar que sabes más francés que tu hermano! ¿Has leído mucho?

—La verdad es que empecé ayer.

—¿Entonces lo llevas muy bien! ¿Quieres que me sienta contigo y te eche una mano?

William volvió a sonrojarse.

—¿Por qué no? Algunas frases se me hacen muy cuesta arriba.

—Apártate, Valery, que así no veo nada. ¿Por qué no vas dentro de una vez? Después, cuando tengas gripe, no andes quejándote.

Melissa esbozó una sonrisa radiante, se sentó en el que hasta hacía poco había sido mi sitio y yo volví al interior de la casona sin poder quitarme de la cabeza la sonrisa bobalicona de William.

Y allí seguía días después cuando él empezó a tomar el té con nosotros cada vez que visitábamos a la señora Ardwell. La primera vez que nos acompañó en la mesa estaba sentado a la derecha de su madre con un libro en el regazo. Yo, que nunca lo había visto hablar de forma cariñosa con alguien sin que la cara se le tiñera de rojo, me sorprendí cuando lo vi besarla repetidas veces en la mejilla e intercambiar confidencias al oído. Daba sorbos a su taza de té y fingía leer mientras, por el rabillo del ojo, observaba con atención a Melissa. Me dedicaba un guiño si la sorprendía mirando a Robert con odio por no prestarle atención.

Parecía inexplicablemente alegre.

Crecer

Fue durante una de aquellas reuniones cuando surgió la idea de la tienda de moda. Eran muchos los encargos que recibía mamá, tanto de la señora Ardwell como de sus amigas en Edimburgo. Los vestidos me parecían preciosos y no era la única en creerlo, por eso, cuando mamá empezó a coser tanto de noche como de día, la señora Ardwell habló de la tienda.

—Imagínatelo, Ann. ¡Solo tendrás que diseñar los vestidos! Eso es lo que realmente sabes y deseas hacer. ¡Deja que sean otras las que cosan! Y duerme, por Dios, ¡descansa! Mira tus ojeras...

Seis meses después me llevaron a ver el local, en Victoria Street, junto a Grassmarket. La propia señora Ardwell financió el proyecto, aunque durante un tiempo se cerró el grifo de los lujos. Mamá andaba como desorientada por casa, haciendo dibujos de modelos con el cuerpo alargado y pequeños vestidos estrafalarios que probaba a mis muñecas. Había papeles esparcidos por todas partes, desde el salón hasta el cuarto de baño. Dibujaba de día y de noche, hasta que una mañana dijo que no se le ocurría nada más que poner sobre papel.

—¿Por qué no pruebas tú, hija?

Palmeó la silla de su escritorio y me entregó un lápiz. Yo me quedé mirando sus ojeras, sus arrugas, su cuerpo menudo y nervudo.

—Mamá, déjalo ya.

—Tienes razón. Lo que debo hacer es poner un poco de orden... Hace días que no limpio, y...

¡Cariño! Si llevas el uniforme todo arrugado.

Mamá comenzó a recoger papeles y apilarlos sobre una carpeta. Salí de la habitación antes de que terminara, rezando para que todo volviera a la normalidad.

La tienda empezó a funcionar un par de semanas antes de mi duodécimo cumpleaños.

Contrataron como dependienta a una chica altísima y muy delgada, de la edad de Melissa. Una cortina de pelo rubio le colgaba hasta la cintura y siempre sonreía. Tenía la piel muy blanca y los ojos color miel. Oí que se llamaba Sarah, y que durante la recepción del primer pedido Robert le preguntó siete veces

seguidas si necesitaba ayuda con las cajas. Tras siete negativas rotundas mamá les auguró un prometedor futuro juntos.

Un tiempo después, cuando William cumplió los dieciséis, comenzaron las ausencias a la hora del té. Si yo preguntaba dónde se habían metido Melissa y William, mamá fruncía el ceño y la señora Ardwell esbozaba una sonrisa pícaro. La felicidad de su benjamín ascendió como el mercurio de un termómetro en pleno verano. Y no un verano escocés, sino un auténtico verano marsellés.

Entre té y té William se transformó en un hombre. Su voz dejó de emitir falsetes y raras veces lo veía yo leyendo por las esquinas. Se estiró de golpe hasta alcanzar el metro ochenta de estatura y sus facciones se volvieron marcadas como las de la señora Ardwell. Cuando me cruzaba con él, yo... Bueno, simplemente no podía dejar de mirarle. En lugar de guiñarme el ojo él me revolvía el pelo o me cogía en volandas para devolverme de pronto al suelo. No tenía ni idea de qué le ocurría, pero me gustaba que me cogiera en volandas. Aunque yo empezaba a estar un poco grande para eso.

Velas, espejos y ropa en el pasillo

En pocos años nuestra tienda se convirtió en uno de los negocios más sólidos de la ciudad. A menudo era la señora Ardwell quien venía a visitarnos y no al revés, porque mamá siempre estaba pendiente del negocio o cosiendo por deporte. Melissa, en cambio, se cuidaba mucho de pasar por Victoria Street. Todavía podía verse una sombra en sus ojos cada vez que sorprendía a Robert de la mano de Sarah, la dependienta, si él iba a recogerla alguna tarde. También debía cruzárselo en la universidad cuando ella asistía a su curso de diseño o a recoger a William a la facultad de filología. Se había salido con la suya, sí, pero la vida de universitaria en pareja no terminaba de devolverle la sonrisa. Pronto comprobé que existía una cierta correlación positiva entre el número de veces en que Melissa besaba a William mientras su hermano se hallaba presente. Pasó mucho tiempo hasta que el fenómeno se deshizo y supe que mi hermana se había resignado.

Soplé mis quince velas en febrero del 91, embutida en un vestido que mamá cosió especialmente para mí. Me resultaba curioso ver mi reflejo en los espejos y confundirme con Melissa. Ocurrió de repente, pero me costó siglos acostumbrarme a aquel par de piernas larguiruchas y a un busto demasiado generoso que no sabía cómo ocultar. Pasé gran parte de los meses que siguieron sonrojándome y aprendiendo a manejar mi nuevo cuerpo, que a excepción de la melena pelirroja y la piel cetrina tenía mucho en común con el de Melissa. Me preguntaba constantemente si William opinaría lo mismo, aunque él solo tenía ojos para mi hermana.

Recuerdo aquella tarde en la que volví de clase más pronto de lo acostumbrado y fui a la salita, donde deberían haber estado ellos. Tras un vistazo rápido, concluí que tenía la casa a mi entera disposición, así que me froté las manos. ¿Qué podía hacer? Decidí llamar a unas cuantas amigas y revisé el mueble bar en busca de algo interesante con lo que experimentar. Entonces oí ruidos en el cuarto de hermana, esa clase de ruidos, y a mis casi quince años decidí que era lo bastante adulta como para limitarme a escuchar. Me acerqué a la puerta entreabierta y bastó con estirar el cuello para presenciar algunas de las cosas que mis compañeras de clase aseguraban haber hecho en más de una ocasión.

—Pide un deseo, Valery —dijo la señora Ardwell durante mi fiesta de cumpleaños, en el salón a oscuras y con el calor de las velas cerca de mi rostro.

—¿Un deseo?

—No uno cualquiera. ¡Todos los días no se cumplen quince años!

Miré a mi alrededor, e imaginé las manos asidas de William y Melissa bajo la mesa, sus cuerpos desnudos y vibrantes tal y como los vi aquel día. Cerré los ojos y soplé las velas con cierta urgencia. Un segundo después me invadió el sobresalto: había olvidado formular mi deseo.

El resto de los invitados, ajenos a aquella pequeña tragedia, aplaudieron y entonaron varios hurras en mi honor.

Enseguida conocí sus hábitos. Se las arreglaban para llegar a casa media hora antes que yo y en pocos minutos el pasillo se convertía en un reguero de pantalones, camisas y ropa íntima. La mayoría de las veces elegían el cuarto de Melissa, pero también los vi entrar en el de mamá y, para mi horror, en el mío. Después de sus encuentros abrían las ventanas, alisaban las colchas y bajaban al salón, donde William repasaba sus apuntes de literatura inglesa y mi hermana dibujaba el patrón de algún vestido nuevo. Yo me dejaba ver al poco rato para provocar que manos, pies y bocas volvieran a sus respectivos sitios.

Pensar en William se convirtió en distinto y turbador a raíz de mis tardes de espionaje.

Estaban aquellas sensaciones nuevas en lugares hasta entonces dormidos que me hacían sonrojarme a cada rato. En los recreos no se hablaba de otra cosa, y a la salida, cuando nos juntábamos con los chicos del instituto de al lado, siempre había alguien que podía aportar novedades. Quizás al principio el alboroto de hormonas era una sensación permanente, como pude comprobar yo misma entre los arbustos del parque. Los arrumacos solían terminar cuando el chico en cuestión desplazaba sus manos del sujetador a las braguitas, y de las caricias pasábamos a los bofetones. Había algo excitante en el momento en que los veía salir remetiéndose la camisa en el pantalón, maldiciendo. Otras ya habían llegado más lejos que yo, pero poco a poco pude definir lo que sentía y comprobar que era mucho más nítido cuando él, William Ardwell, estaba presente.

SEGUNDA PARTE

El Día que lo Cambiará Todo

Papá solía decir que nadie es capaz de adelantarse al Día que lo Cambiará Todo, de la misma manera en que resulta imposible predecir el tiempo en Edimburgo. Una mera intuición, contaba, no es suficiente para leer el futuro.

La tarde del 12 de abril de 1991 papá llevaba tres años dentro de la caja que aquellos dos hombres habían enterrado bajo la hierba del cementerio, y con él sus palabras, por eso no paré de darle vueltas a la conversación que mamá y Melissa habían mantenido la noche anterior.

Dijeron algo sobre un viaje a Marsella, dinero, documentos... Durante los últimos meses había olvidado lo importante que aquel lugar fue para mí, y ahora hablaban de volver. Anduve todo el día distraída, pensando en Paul y en todo lo que habíamos dejado atrás al venir a Edimburgo.

Comenzaba a cabecear entre problemas de matemáticas cuando escuché el tintineo que anunciaba la llegada de un cliente. Permanecí en la trastienda, pues Sarah o mamá se encargarían de atenderlo. Sin embargo, transcurrido un minuto en absoluto silencio, decidí salir.

William tenía los codos apoyados en el mostrador y miraba fijamente a la pared. Parpadeó al oírme y se irguió de pronto.

—Creí que nadie iba a venir.

—Yo... No sé dónde se ha metido mi madre.

Llevaba unos pantalones vaqueros algo estrechos y un jersey de rayas grises y blancas arremangado hasta los codos. Me quité la chaqueta del uniforme mientras contemplaba sus ojos verdes.

—¿Cómo te va en el instituto? —preguntó—. Hace tiempo que no nos vemos.

—Bien, supongo.

—Está bien que seas aplicada. —Se pasó la mano por el pelo y señaló la puerta—. Mamá está en la zapatería de los Kirkpatrick recogiendo un encargo. Pasábamos por aquí y se pregunta si Ann puede atenderla. Ya sabes cómo es... Quiere probarse un vestido nuevo, o algo por el estilo.

—Iré... iré a buscarla.

Regresé a la trastienda con los mofletes del color de mi pelo, luchando contra el calor que sentía y el imán que atraía mis ojos constantemente a sus pupilas. Bajé al almacén, donde encontré a mamá hablando con Sarah.

—...la tercera vez hoy. Será mejor que te tomes el resto del día libre.

—Ann... Qué apuro.

—Ve arriba y llama a Melissa, imagino que ella podrá sustituirte lo que queda de tarde.

¿Quieres que avise a Robert?

—No creo que pueda venir, dijo que hoy tenía que viajar al hotel de Aberdeen, pero tranquila, ya vuelvo sola.

Salían del minúsculo cuarto de baño, Sarah más pálida que de costumbre y mamá con el ceño fruncido. Ambas dieron un pequeño brinco al verme.

—William está arriba —dije—. La señora Ardwell quiere hablar contigo, llegará enseguida.

—Voy, voy... Sarah, ¿necesitas ayuda?

La chica meneó la cabeza, agitando su melena rubia. Inició el ascenso con paso lento pero seguro.

Entré en el servicio y arrugué la nariz al percibir un desagradable olor a vómito. Observé largamente mi rostro en el espejo. Me humedecí los labios, recogí los rizos que insistían en escaparse de su lugar y volví arriba.

La señora Ardwell había dejado varias bolsas sobre el mostrador y revolvía entre las perchas. Hacía una

semana que no veía a nuestra protectora, pero tuve la sensación de que el abrigo negro le hacía parecer demasiado menuda. Saludó a su casi nuera con un beso rápido en la mejilla.

—¿Cómo estás, Sarah?

—No sé...Creo que algo me ha sentado mal.

—¿Le has dado permiso para salir, Ann?

Mi madre asintió. Sarah empezó a recoger sus cosas después de avisar a Melissa. William, apoyado en el mueble, no apartaba la vista de ella.

—Mi hermano habla constantemente de ti, pero nunca mencionó que fueras tan pálida.

Ella arrugó la nariz.

—Ya lo he explicado: no me encuentro bien.

William clavó sus ojos verdes en el techo y dejó de prestarle atención. Había esbozado una sonrisa torcida.

—Robert también me habla mucho de ti, ¿sabes? —añadió Sarah, mientras se ponía la chaqueta.

Él amplió su sonrisa.

—¿No va a venir a buscarte?

—Deberías saber que está en Aberdeen, trabajando.

—Entonces le gustará saber que su hermano te ha llevado a casa.

—Iré sola, gracias.

—De verdad, no tengo nada mejor que hacer.

Sarah lo pensó un instante. Luego se encogió de hombros.

—Muy bien.

Estrujé algunos jerséis que había sobre la repisa del probador antes de volver a doblarlos.

Sarah salió de la tienda acompañada de William y el local se vació poco a poco de su empalagoso perfume.

Volví a refugiarme en la trastienda. Resolví varios problemas apretando el lapicero más fuerte de lo necesario, hasta que en el tercero cometí un error que no pude borrar y terminé garabateando toda la página y arrojando el cuaderno al suelo. Las voces susurrantes de mamá y la señora Ardwell me llegaron cuando me agaché junto a la puerta para recogerlo.

—¿Cuándo te diste cuenta?

—Hace más o menos diez días.

—Pero, ¿por qué no me avisaste antes? Habría ido contigo... Mira lo que te han hecho.

Pegué la oreja a la puerta para poder escucharlas mejor.

—Tenías muchísimo trabajo... Además no quería asustarte.

—¡Es que es para asustarse! ¡Dime, por favor, que no es lo que estoy pensando!

—¿Lo ves? Era mejor que no lo supieras... No quería que tuvieras que volver a pasar por lo mismo.

Estuve segura de que ambas se encontraban en el probador. Me asomé y vi sus piernas al otro lado de la cortina. El tono alarmado de mi madre hizo que se me acelerase el pulso.

—Es... Dios mío, Brenda...

—Esperaba no tener que daros esta noticia, pero los resultados no han sido buenos...

—¿Ni Robert ni William saben nada?

—No sé cómo voy a decírselo. Mañana me examinarán los ganglios y sabremos hasta dónde llega... Por lo pronto me han pedido que esté preparada para una lucha larga.

Guardaron silencio durante unos instantes.

—Te pondrás bien, ¿verdad? —dijo mi madre con voz temblorosa.

—Claro que sí.

—Mira, mira lo que te han hecho...

—Será peor, Ann, quiero que lo sepas, pero ahora no pensemos en eso, por favor.

—Tienes razón...

Permanecí allí quieta todo el tiempo, incapaz de moverme salvo para respirar. Oí cómo la señora Ardwell volvía a vestirse y las vi atravesar la cortina del probador tomadas del brazo.

Otra vez papá

—Mañana necesito que te hagas cargo de la tienda, hija.

—¿Otra vez? Definitivamente tu empleada es una completa inútil. ¿Sigue vomitando? No me hagas reír. ¿Cuándo piensas ponerla de patitas en la calle?

En otra ocasión mamá habría reprendido a Melissa por sus palabras, pero se limitó a seguir revolviendo la ensalada sin llevarse un tenedor a la boca.

—No se trata de Sarah. Tengo que acompañar a la señora Ardwell al hospital.

—¿Lo dices en serio? ¿Es que acaso no tiene ella a sus hijos? Seguro que a Robert no le importa dejar en otras manos el imperio familiar. Una cosa es que estés agradecida con ella, y otra muy distinta que te conviertas en su perrito faldero...

—Melissa, está enferma.

—¡Vaya, una pena! ¿Y qué pasa con mis clases? Mañana tenía planes... ¿Por qué tengo que ser yo, y no Robert, quien renuncie a ellos?

—Robert también irá. Y William... Todos estaremos allí. Es cáncer, Melissa. Se lo acaban de diagnosticar.

A mi hermana se le escapó el tenedor. Yo me limité a confirmar lo que venía sospechando desde la tarde.

—¿Qué clase de cáncer? —preguntó. Me pareció que le faltaba el aire.

—En el pecho.

—¿Cuánto tiempo le han dado?

—No seas así... Todavía es pronto para saber la gravedad.

—A papá se lo dijeron. Se lo dijeron desde el principio... ¿Por qué habría de ser diferente para ella? ¿Cree que el dinero la hace inmortal?

—¡Basta, Melissa!

Mamá dio un puñetazo en la mesa. Mi hermana echó la silla hacia atrás y abandonó la mesa con gran estruendo.

—Mamá... —empecé, cuando nos quedamos a solas.

—Ahora no, Valery. Ahora no.

—Espera... ¿Es verdad que vais a volver a Marsella? ¿Podré ir yo también?

Se levantó sin contestar y me dejó acompañada de tres platos intactos de ensalada.

Tiempo

Aunque hacía mucho que no pisaba un hospital, rápidamente asocié su olor a muchos momentos de mi infancia, momentos que más que a vacunas o rasguños me recordaban a mi padre. Lo imaginé como al principio del fin, vestido con un camisón de puntitos en el que se enganchaban mechones de su raleada cabellera pelirroja.

—Esto es lo que te ocurrirá si no ayudas a tu madre ni das de comer a Paul, Valery —solía decirme mientras me sostenía en su regazo.

Me revolví el pelo y me hacía cosquillas hasta que en medio de un ataque de risa yo le prometía que

sería una niña muy obediente. Otras veces jugábamos al dominó y nos quedábamos abrazados cuando él se cansaba. Melissa nos acompañaba sentada en una butaca al lado de su cama, con los auriculares puestos y la música tan alta que no sé cómo podía concentrarse en los deberes. Mamá llegaba por la noche y nos llevaba a casa, donde esperaba la cena ya fría. Mi hermana era la encargada de supervisar mi baño, poner la mesa y volver a dejarlo todo limpio.

—¿Cuándo le dejarán volver a casa?

—Pronto, hija.

Mamá iba y venía, y papá pasaba con nosotras una o dos semanas, aunque siempre traía pegado ese olor que no se me olvida, y la palidez, y las pocas ganas de jugar conmigo al dominó.

—¿Puedo sentarme?

Sarah no esperó una respuesta para instalarse a mi lado. Di un pequeño brinco cuando el asiento crujió y volví de golpe al presente, aunque el reloj de la sala de espera marcara las doce desde hacía al menos dos horas.

—No he visto a tu madre por aquí. ¿Ya se sabe algo?—preguntó.

Seguía estando tan pálida como el día anterior. Reparé en el algodón que llevaba prendido en la parte anterior del codo izquierdo, y en lo rápido que lo ocultó al notar que lo miraba.

—Hace un rato que la señora Ardwell ha salido del quirófano—dije—. Ahora los médicos están hablando con Robert y mamá ha aprovechado para ir a ayudar a Melissa en la tienda.

—Tendría que haberlo hecho yo, pero en fin...

Sarah exhaló un largo suspiro.

—¿Has visto a William fuera? —pregunté.

—No, la verdad... ¿Es que no ha venido?

—Dijo que lo haría, pero ni Robert ni yo nos hemos cruzado con él.

—Pobre... Todo esto ha debido pillarle por sorpresa. ¿Quién iba a imaginarlo, cuando ayer Brenda parecía encontrarse bien? William sonreía y no paraba de gastar bromas.

Nos quedamos las dos en silencio durante otra hora que el reloj no marcó. Entonces apareció Robert, que en cuestión de medio día había sumado años de más a su aspecto.

—¿Y? —Sarah se puso de pie al instante.

El negó varias veces con la cabeza.

—Los ganglios axilares también están afectados.

—Oh, vaya...

Sarah lo abrazó. Vi el esfuerzo que Robert hizo para contener las lágrimas.

—¿Sigue sin aparecer William? Por favor, si lo veis no digáis nada, mamá no quiere que lo sepa.

—¿Cuál es el pronóstico? ¿Habéis hablado de un tratamiento?

—Empezará de inmediato con la quimioterapia. Dicen que podría recuperarse, pero nos han pedido cautela. Será difícil y llevará tiempo...

Se me hizo un nudo en la garganta al ver así a Robert. Me levanté despacio en busca del cuarto de baño, y por qué negarlo, de un momento de privacidad. El sonido de sus voces me hizo detenerme al doblar la esquina.

—Siento no haberte llamado hasta esta mañana, pero entre el trabajo y lo de mamá... ¿Cómo te encuentras? Ann me ha contado que ayer tuviste que pedir la tarde libre. ¿Hoy tampoco has ido a trabajar?

—No te preocupes, estoy bien, aunque... Robert, tenemos que hablar.

—Lo haremos, más tarde... Ahora tengo que volver con mamá. ¿Por qué no vas a casa y descansas un poco? Te llamaré.

Aceleré el paso al escuchar el beso de despedida y los pasos de Robert, alejándose.

Ya en el interior del servicio me lavé la cara con agua bien fría y borré así la fatiga del día y algunas lágrimas mal disimuladas. Permanecí un rato allí quieta, el rostro goteando, hasta que escuché los sollozos en el aseo contiguo. Me sequé con la manga del uniforme y entreabrí la puerta. Allí estaba William, en una posición muy parecida a la que yo tenía hacía unos instantes.

—Lo siento —dije.

Dio un brinco al verme. Se secó las lágrimas de un manotazo y me apartó con brusquedad en su camino a la salida. Yo me quedé allí, sola, deseando que efectivamente el reloj de la sala de espera tuviera la capacidad de detener el tiempo.

Paul

No tardé mucho en descubrir el escondite de William: el cuarto de invitados, mi cuarto, era colindante al suyo. Lo vi entrar y salir tantas veces de allí que llegué a pensar que era el servicio.

En una de sus idas y venidas se asomó a mi puerta.

—¿Es que vas a quedarte?

—Sí... He preferido no ir a Marsella.

—¿Aquí? ¿Los quince días?

—Bueno..., tu madre se ha empeñado.

La realidad era algo más triste: el viaje a Marsella no me incluía. Deudas, una herencia, había dicho Melissa. Mamá estaba demasiado dispersa como para acordarse de mis anhelos.

William suspiró mientras señalaba el pasillo. Me pareció que sus ojos se aclaraban ante la mención de la señora Ardwell.

—El aseo es la puerta de enfrente. Mamá duerme dos cuartos más allá. Lo digo por si ella no te lo ha explicado... y procura no armar mucho jaleo aquí arriba.

Asentí y me agaché para dejar un par de camisas sobre la balda inferior. Lo siento, quise volver a decirle, pero cuando terminé William ya se había ido.

Marsella. Había soñado muchas veces con regresar, para siempre y no durante quince días.

Ese fue mi único consuelo: el poco tiempo que pasarían allí. Además la señora Ardwell se empeñó en que me quedara con ellos, en la casona. Esa Marsella, la que tú conocías, me dijo, ya no existe. Y el consuelo se hizo un poco mayor.

Abandoné la maleta todavía llena y me senté sobre la cama, mirando en dirección a la pared de William. Tardé un rato en decidirme a ir hasta su puerta. Abierta de par en par, dejaba ver cuatro paredes forradas de estanterías repletas de libros. Mis ojos se detuvieron en las sábanas de la cama sin hacer, que se enroscaban formando remolinos de insomnio. William estaba tumbado en la alfombra, leyendo con la cabeza apoyada en un cojín.

—¿Estás mejor? —pregunté. Silencio, otra vez. Di un par de pasos al frente—. ¿Puedo sentarme contigo?

—Ya te he explicado dónde está el servicio.

Siguió leyendo unos segundos más, hasta que de pronto apartó el libro.

—¿Sabes qué? —dijo al fin.

—¿Qué?

—Si vienes a decirme que no me preocupe, que mi madre va a ponerse bien, entonces haremos como que ya lo he oído y tú puedes darte la vuelta.

Habló sin siquiera mirarme. Noté cómo me escocían los ojos, cómo su indiferencia arrastraba toda clase de partículas hasta ellos mientras yo me defendía con parpadeos inútiles. Pensé: basta.

—Mi padre empezó con síntomas distintos —dije—. Bueno... lo suyo estaba en la cabeza. Se mareaba, olvidaba el nombre de mamá y a ratos perdía la vista. Él... también decía que no nos preocupáramos.

Dudé antes de volver a abrir los ojos. William me miraba con fijeza.

—No se curó.

—No.

Mis mejillas se volvieron incandescentes. William había vuelto a tomar el libro.

—Mi madre sí se pondrá bien. Yo le digo a Robert que no hay que preocuparse, que va a ser tratada por los mejores médicos del Reino Unido. Melissa también me ha hablado de una clínica en Marsella, no sé si tú la recuerdas...

Tragué saliva.

—Si me necesitas ya sabes dónde encontrarme. Ahora tengo que terminar de colocar mis cosas.

William no se movió al verme salir. Al cabo de un rato, ya al otro lado de la pared, escuché cómo intentaba ahogar sus sollozos, que a pesar de sus esfuerzos, resonaban por encima de los míos.

Pasé el resto del día esperando una llamada de Marsella. El día previo a su partida, mamá había mencionado un dolor agudo en el brazo. Después de lo de la señora Ardwell la había oído hablar en sus escasas horas de sueño, como si fuera papá de nuevo el que moría.

Hacia las diez sonó el teléfono. Robert me lo pasó después de que mamá y la señora Ardwell hablaran durante más de una hora. «Viaje bien. Tiempo agradable. Te quiero». Antes de despedirme, le hice prometer que acariciaría a Paul de mi parte, pese a que hacía años que mi amigo tenía otro dueño. Todo, todo se lo había quedado la clínica de Marsella, la de aquellos señores altos con bata blanca que no pudieron salvar a mi padre. No me gustaba que Paul viviera con ellos, por eso desde el principio imaginé un dueño distinto; un hombre bajito y pelirrojo como papá.

Mamá prometió que lo haría, que acariciaría a Paul de mi parte.

Inocencia

Robert me acercaba al instituto cada día. Yo me sentaba en el asiento de copiloto y me divertía pensando en lo que diría mi hermana si nos viera. Aquellas entradas triunfales a bordo de un BMW me estaban confirmando cierto prestigio entre mis compañeras.

—¿Quién es él?

—¿Salís juntos? ¡Es tan guapo!

Respondía a las preguntas con sonrisitas misteriosas y dejaba los problemas de matemáticas para los recreos en los que nadie tenía a bien prestarme un poco de atención.

—Valery, ¿son siempre así? —me preguntó Robert un día, justo antes de que yo abriera la puerta del coche y entrara en el recinto del instituto.

—¿A quién te refieres?

—A esas chicas, tus amigas.

Estaban todas apoyadas en el murete exterior, sonriendo, mirándonos.

—¿Así...cómo?

—Parecen estar esperando a que te de un beso.

Yo me sonrojé.

—¿Me lo darías?

Robert echó a reír. Luego, cogiéndome desprevenida, se inclinó sobre mí, tan cerca, que sentí que si me movía para tomar aire rozaría sus labios. Yo reulé al instante, roja como un tomate. Él me acarició el pelo y me besó en la frente.

—Que tengas un buen día.

—Lo... Lo mismo.

Salí del coche a toda velocidad. Mis compañeras me persiguieron hasta el aula emitiendo chillidos histéricos.

Cinco días después la directora del instituto me mandó llamar. Salí de clase con las manos sudorosas, pensando en qué me habría equivocado. ¿Habría llegado a sus oídos la historia del chico del BMW? En los días siguientes nos habíamos comportado con normalidad, pero Robert me llevaba nada menos que diez años.

—Valery.

La directora me miró a los ojos y descubrí un brillo triste en ellos. Lástima, eso era lo que debía sentir. Yo era una alumna brillante y seria, pero mi reputación estaba a punto de irse al traste. Noté cómo el corazón me latía cada vez más fuerte.

—Yo... Es un malentendido, señora. Un juego inocente.

—¿De qué hablas?

Tragué saliva y vista su expresión opté por cerrar la boca.

—Valery, tengo que hablar contigo sobre algo que acaba de suceder. Hemos recibido una llamada desde Marsella.

Abrí mucho los ojos.

—Tu hermana está bien —siguió la mujer, arrastrando las palabras—. Heridas sin importancia. Volverá a casa en una o dos semanas.

No pude preguntar qué había pasado porque la habitación empezó a dar vueltas. Alguien me acercó una silla y noté una mano sobre mis hombros.

—Tu madre... Melissa recuperó parcialmente el control del vehículo, pero no pudo hacerse nada. Fue... fue un infarto fulminante. —La directora suspiró—. Robert Ardwell vendrá a buscarte. Hasta que la

situación se normalice, seguirás viviendo en casa de su familia.

Yo asentí y me levanté despacio. Por la noche recibí un telegrama de mi hermana: «Mamá ha decidido quedarse con papá», decía.

La pena de los demás

Solía hacer compañía a la señora Ardwel. Nos quedábamos las dos muy quietas, cada una en un lado del sofá. Yo miraba sin disimulo su raleada cabellera y ella me sonreía de forma maternal, aunque tuviera los ojos tan enrojecidos como los míos. En el pasillo, William daba vueltas de un lado a otro, preparado para acompañar a su madre al servicio si volvían a sacudirle las náuseas. Fue Robert, y no él, quien viajó a Marsella para acompañar a mi hermana y traerla de vuelta.

Regresaron a Edimburgo transcurridos diez días, cuando a la señora Ardwel ya no le quedaba pelo y se cubría la cabeza con una pañoleta negra. El aspecto de Melissa era el de siempre, aunque se apoyara en Robert para caminar: ojos vivos, boca arrogante, rostro fiero aunque bello.

Cojeó hasta William, a la espera de un pésame o un beso. Él la miró con ojos vidriosos antes de abandonar la habitación. Fue la señora Ardwel quien abrazó a Melissa mientras ella seguía la trayectoria de William con la mirada. Yo rocé su mejilla y me apreté contra su cuerpo, aunque a veces se portara como una desconocida.

—¿Valery?

William golpeó suavemente la puerta del cuarto que yo seguía ocupando. Despegué la cara de la almohada y me sequé las lágrimas con la manga de la camisa.

—¿Tampoco vas a ir a clase? —preguntó.

Negué con la cabeza. Había intentado ponerme el uniforme, pero no fui capaz de desenredar las medias, así que opté por cubrirme con la colcha y volver a acostarme a medio vestir.

William entró en la habitación y se apoyó en la pared.

—Melissa cuidará hoy de la tienda. Tú también deberías hacer algo, ya sabes, para distraerte.

—Yo no necesito distraerme.

—De verdad... Seguro que hay algo, no sé: salir a dar un paseo, leer... Es bueno tener la mente ocupada.

—Tal vez lo sea para ti.

Él se cruzó de brazos. Los ojos le brillaban.

—No me gusta verte llorar. Debes seguir adelante, como Melissa. Pensar que todo irá bien.

Dime, ¿de qué sirve ahora lamentarse? ¿De qué?

Yo me incorporé de golpe, haciendo volar el uniforme, la colcha y las medias.

—Deja... ¡deja de decir cómo debo sentirme! Tu madre... ¡Ella también morirá, y tendrás que aprender a soportar la pena de los demás, además de la tuya!

Terminé la frase con un sollozo atropellado, a la vez que me cubría la cabeza con la almohada. No oí a William salir de la habitación. Sólo sé que cuando desperté él ya no estaba, y durante años he dudado de si lo estuvo alguna vez.

Viviremos en Edimburgo

El funeral se demoró un par de días más debido a los trámites de repatriación. Mamá había solicitado ser enterrada en Edimburgo, junto a papá. En una ocasión, aún estando en Marsella, les oí hablar sobre aquello mientras me hacía la dormida.

—Tú lo dejaste todo por mí, así que es justo que fije mi residencia en Edimburgo cuando haya muerto.

—No digas tonterías, Olivier, ¡tú no te vas a morir!

—Claro que voy a morir.

—¡No lo digas! ¡No vuelvas a decirlo!

—Tú también morirás. Todos moriremos... y entonces viviremos en Edimburgo.

La señora Ardwell no se separó de mí en ningún momento. Me apretó contra su cuerpo cálido y dejó que le manchara su vestido más nuevo de babas y lágrimas. La lluvia caía con fuerza sobre el paraguas negro que nos cubría y no recuerdo quién sujetaba. Me concentré en aquel sonido acompasado hasta que los alrededores del cementerio se convirtieron en una neblina ahumada.

Al cabo de un rato noté unos golpecitos en mi brazo derecho. Levanté la cabeza y vi a mi hermana.

—¿Dónde está William?

Yo me encogí de hombros; la señora Ardwell señaló un punto detrás de nosotras, más bien alejado. Melissa se fue tan pronto como había aparecido.

Aparté la mirada del féretro y pugué por localizar a mi hermana entre los paraguas negros.

William estaba sentado en una lápida algo aislada, empapado, mirando al vacío. Melissa le habló, pero él permaneció quieto, como si ella no existiera. En un momento dado se levantó y echó a andar hacia la salida del cementerio. Dos minutos después noté el cuerpo rígido de Melissa junto al mío. La miré por el rabillo del ojo y vi que sus iris azules estaban clavados en el féretro que se hundía en la tierra. Durante el resto de la ceremonia mantuvo los labios pegados, el rostro alzado, los brazos cruzados.

Yo lloré cuanto quise: por mi madre y por quienes no sabían llorar.

El muro de William

Aquella noche soñé que mi protectora estaba tumbada en la cama de mamá, la de nuestro primer apartamento en Edimburgo. La habitación estaba prácticamente a oscuras y la señora Ardwell tosía de

forma angustiada. En un momento dado notaba mi propia presencia en la habitación y el ataque de tos se volvía fortísimo. Yo trataba de acercarme a la cama pero alguien me lo impedía y solo podía ver cómo mi protectora se ahogaba, cómo tosía, cómo su corazón dejaba de latir. Entonces su rostro se transformaba poco a poco en el de mamá. Imaginé la punzada en el pecho. El dolor indescriptible. Los gritos de Melissa, intentando recuperar el control del coche. El choque, las luces... Otro corazón cansado.

Desperté acurrucada en mi cama. Me levanté y recorrí temblando el camino hasta la habitación de la señora Ardwell. El pijama se me pegaba a la piel húmeda y tenía el pelo tan revuelto que apenas veía por dónde iba. Nada más entrar en el cuarto me acerqué a la cama.

Agucé el oído; alguien respiraba de forma irregular. Una inspiración... otra... Comprendí enseguida que había dos personas allí dentro. Encendí la luz de la lamparita y vi a William tendido en la alfombra, al otro lado de la cama de su madre.

—¡Apágala! ¡Vas a despertarla!

Cumplió él mismo la orden, tan rápido que no me dio tiempo a coger aire. Luego me sacó a rastras de la habitación y me ordenó esperarlo en el pasillo. Regresó un minuto más tarde, vestido con un pijama algo raído y tan despeinado como yo.

—No se ha enterado de nada. ¡Da gracias!

—Oye, ¡la culpa no es mía! ¿Debería haber supuesto que dormías con tu madre?

—¡Nadie tiene por qué entrar en su habitación!

Estaba muy colorado y le brillaban los ojos. Yo me crucé de brazos.

—Lo siento.

—¿Sabes el susto que me has dado?

Se cubrió la cara con las manos. Hice ademán de tocarle el hombro pero se zafó. Entonces cerré el puño y una sensación electrizante recorrió todo mi cuerpo.

—Dilo —le exigí.

—¿Que diga qué?

—Tienes miedo.

Se descubrió la cara y me miró a los ojos. Tardó mucho tiempo en responder:

—Sí.

Observé sus iris verdes. Me parecieron más claros que nunca.

—Tengo miedo, Valery —siguió—. Tengo miedo cada vez que voy a comprobar si respira.

Tengo miedo de que nada vuelva a ser como antes. De que no se cure y nos deje solos...

Despegué los labios, pero no supe qué contestar. Se escuchó un ruido al fondo del pasillo y los ojos de William se volvieron repentinamente oscuros.

—¿Qué hacéis los dos ahí?

Los pies descalzos de Melissa hicieron crujir el suelo de madera. Nos miró con los brazos en jarras.

—Valery ya se iba a la cama —dijo William.

—Yo...

—¡A la cama!

Obedecí por pura inercia. La sensación eléctrica seguía dando vueltas por mi interior, así que no dudé al apoyar el oído derecho contra la pared de mi dormitorio.

—Márchate —le oí decir a él.

—¿No vas a volver a dirigirme la palabra?

—Melissa, no te quiero.

—¿Cuánto pensabas esperar para decírmelo?

—¿Cuánto piensas tú esperar para dejarme solo? ¡Vete ya! ¡Habría sido más sencillo si simplemente te hubieses alejado de mí! ¿No ves que no te quiero? ¿No ves que no quiero a nadie?

Hubo una pausa larguísima. Creí que Melissa se había ido, pero entonces escuché su voz.

—Algún día, tu muro de indiferencia se volverá contra ti. Gritarás pidiendo auxilio, pero no habrá nadie para rescatarte. Y te ahogarás. Y morirás.

Las pisadas de Melissa se perdieron con la distancia. Supe entonces que ya no estaban juntos, que posiblemente nunca lo habían estado. Debería haber sentido tristeza por mi hermana, pero solo pude apoyar la cabeza en la almohada mientras notaba lo deprisa que latía mi corazón.

Explicaciones

El BMW retomó sus excursiones a mi instituto, esta vez conducido por William.

—¿Y esto?

Abrí la puerta delantera y me lo encontré embutido en un jersey de tweed, vaqueros y gafas de sol.

—Tengo la mañana libre y Robert me ha prestado su coche.

—Así que has decidido venir a buscar a la hermana de tu novia. Comprensible.

Su expresión se contrajo.

—Sube, anda.

Dejé la mochila en la parte de atrás y me puse el cinturón de seguridad. William condujo en absoluto silencio más de diez minutos durante los cuales mantuve los ojos clavados en la carretera.

—Tu hermana y yo ya no estamos juntos —dijo cuando faltaba poco para llegar a casa.

Tenía el ceño fruncido y hablaba con cara de concentración. Permanecí callada.

—Supongo que Melissa querrá marcharse cuanto antes —continuó—. Es casi seguro que tengas que acompañarla. Mamá dice que puedes quedarte, que no harás nada que no quieras. Por otro lado, Melissa es tu tutora legal, así que...

Asentí moviendo la cabeza y William se quitó las gafas. Por fin sus ojos verdes, algo enrojecidos e hinchados, apartaron la mirada de la carretera.

—Mira, Valery. Han transcurrido solo unas semanas desde la muerte de tu madre y sé que aquí estás muy a gusto. Siento que todo vaya a estropearse por mi culpa.

Tragué saliva. Estábamos detenidos en un semáforo que se me hizo eterno, y él no dejaba de mirarme.

—No... No pasa nada.

—¿Segura? —Su mano izquierda se cernió sobre mi rodilla—. Haré todo lo que esté en mi mano para que las cosas sigan como hasta ahora.

—Tampoco hace falta que vuelvas con mi hermana.

El semáforo se puso en verde. La mano volvió a la palanca y William echó a reír.

—Me basta con poder ver a tu madre de vez en cuando —añadí, animada—. Bueno, y a vosotros también.

—De acuerdo, poco a poco. Primero hay que hablar con Melissa.

La sonrisa se nos fue apagando durante el resto del viaje. William puso la radio y cerró cualquier posibilidad de continuar la conversación.

Una hora menos

El sabor de la tortilla requemada de Melissa me trajo recuerdos de días también amargos vividos muchos años atrás. Mastiqué la informe masa negruzca mientras imaginaba a mi hermana con un palmo menos de estatura, ajustándose el delantal de mamá e inclinada sobre los fogones de nuestra antigua casa en Marsella. Maldiciones y ladridos se mezclaban cada vez que una salpicadura de aceite la obligaba a retroceder pero ella no se rendía: fabricaba una armadura de trapos y blandiendo las tenacillas rescataba lo que quedara en la sartén. El emplatado siempre daba ocasión a Paul de probar nuestra cena, aunque él prefería no tocar los pedacitos que mi hermana dejaba caer al suelo por accidente.

Eran los tiempos en los que mamá ya no nos dejaba la comida lista y papá dormía casi siempre en el clínica. Cada hora que ella dedicaba a cocinar era una hora menos de taller y una hora menos en la vida de él, eso nos decían. Melissa maldecía las horas y las vidas y vaciaba nuestros platos ya fríos en la basura. Cuando una noche Paul relamió los restos de la tortilla mi hermana se limitó a cocinarlas una y otra vez.

Amorfos, delgadas... No importaba lo poco que se requemaran en la sartén porque su sabor se volvía más amargo día tras día. Cada hora que Melissa me dedicaba era una hora más de taller y una hora más en la vida de papá. Yo procuraba ayudarla a frotar los restos de huevo que quedaban pegados en el fogón pero ella me apartaba de malas formas, temerosa de que me quemara, me cortara o destrozara las piezas de la vajilla que se amontonaban junto al fregadero.

Y así cada centímetro hasta completar un palmo, hasta que el taller sustituyó al liceo y las horas de papá se repartieron entre los vivos.

—¿Quieres algo de postre?

Lo dije después de tragar el último pedazo de tortilla. Observé a Melissa, sentada frente a mí con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos. No había dicho una sola palabra desde que cruzamos el portón de la casa de los Ardwell y Robert nos ayudó a guardar las maletas en el taxi. William no estuvo presente, ni pude despedirme de él, aunque después de anunciar nuestra marcha encontré un libro sobre mi cama, *Les Misérables*. Era el mismo ejemplar gastado que le había visto leer años atrás en compañía de Melissa.

Como mi hermana no contestó comencé a recoger los platos y los llevé hasta la cocina. Todo estaba tal y como mamá lo había dejado antes del viaje, desde las tazas manchadas del desayuno a la nevera desenchufada, abierta de par en par. El olor de mamá parecía suspendido en el aire y tuve la sensación de que en cualquier momento escucharía sus pasos en la entrada e irrumpiría en la cocina para fregar ella misma. Esperé unos instantes antes de verter unas gotas de lavavajillas en el estropajo. El silencio me forzó a abrir el grifo y dejar que las lágrimas y el agua templada cayeran sobre los platos sucios.

No hubo mucho de lo que hablar. Tal y como William me había advertido Melissa no dejó pasar más de un día antes de hacer nuestras maletas y comunicar a la señora Ardwell la noticia de nuestra marcha. Sé que conversaron en privado, las dos, pero la decisión de Melissa fue irrevocable. Se me hizo un nudo en la garganta al atravesar la puerta y comprender que, además de a mamá, había perdido aquella casa y a las personas que vivían en ella. Nada de lo que nos unía existía ya.

Melissa seguía en el mismo lugar cuando terminé de fregar y colocar la vajilla. Me senté frente a ella de brazos cruzados y la observé largo rato sin que pareciera inmutarse.

—¿Qué haremos ahora? —pregunté al final.

Parpadeó varias veces. Había algo distinto en su rostro, algo que no estaba cuando murió papá.

—Deberíamos empezar por irnos a la cama.

Lo dijo sin moverse. Yo me levanté y después de darle un beso en la mejilla subí a mi cuarto.

No transcurrieron más de diez minutos hasta que comenzaron los golpes y el ruido de cristales rotos. A la mañana siguiente conté tres platos menos y vi que ya no quedaba ninguno de los huevos que la señora Ardwell había dejado en nuestra cesta provisional de la compra. Seguí notando en Melissa aquello tan extraño, también varios días después, aunque ella hubiera reparado los desperfectos, llenado la nevera y administrado la tienda de mamá con soltura.

Me fijé en que ya no dibujaba patrones y que sus apuntes, a diferencia del resto de la casa, acumulaban polvo a pasos agigantados.

—William me ha dicho que no te ve en la facultad desde hace semanas.

—No creo que sea el mejor referente, teniendo en cuenta lo mucho que le molesta mi existencia.

—Esto es serio, Melissa.

Encontré a la señora Ardwell tomando té con mi hermana una tarde al regresar de clase, alrededor de un mes después de nuestra marcha. Recorrí el pasillo con sigilo al reconocer sus voces.

—Agradezco que quiera velar por nuestro bienestar pero le aseguro que puedo mantener esta casa sin su ayuda.

—Melissa...

—Escúcheme bien, porque no voy a repetírselo. Yo siempre he cuidado de Valery, antes incluso de cuidar de mí misma. No necesito que alguien, y mucho menos usted, venga a explicarme cómo debo hacer las cosas a partir de ahora.

—Deja que ella vuelva con nosotros. Te lo dije en su día: no sería un fracaso para ti, sino una forma de hacerlos la vida lo más sencilla posible.

—Sigue pensando que no soy capaz.

—Lo has sido siempre, Melissa, pero considero que ha llegado el momento de que pienses en tu propia felicidad. Regresa a la universidad, estudia, haz lo que siempre quisiste. Deja que Valery crezca sin la culpa de tus renunciadas.

—Valery es mi responsabilidad.

—Te equivocas, Melissa. Valery es tu hermana.

Las dos dieron un brinco cuando el asa de la mochila se me escurrió y cayó con un golpe seco.

La señora Ardwell hizo amago de ponerse en pie pero yo la detuve con un gesto. Regresé al pasillo y con los ojos llenos de lágrimas tomé una de las maletas vacías que aún se encontraban allí apiladas. Noté que Melissa me observaba desde la puerta.

—No tienes por qué hacer esto —murmuró.

—Tampoco tú.

Vi que sus ojos se volvían brillantes. Entendí enseguida lo que había ido notado en ella: una hora más en mi vida, una hora más en la tienda..., una hora menos en la suya. La señora Ardwell apareció entonces en el pasillo.

—No os debéis nada la una a la otra salvo cariño —dijo—. Venid aquí.

Extendió los brazos. Miré a Melissa, que cerró los ojos y hundió el rostro en el hombro de nuestra protectora. Se me hizo un nudo en la garganta al escuchar sus sollozos. La señora Ardwell volvió a hacerme señas para que me acercara. Aunque accedí yo no lloré; dejé que Melissa lo hiciera mientras la señora Ardwell nos sostenía.

No quedaban lágrimas en el rostro de mi hermana cuando, tres días más tarde, frente a la puerta de la casona, me explicó que se iba de la ciudad.

—Me han ofrecido algo en Londres —dijo.

—¿Y la tienda?

—La señora Ardwell está de acuerdo en traspasarla.

—Dejarás que vaya a verte, ¿verdad?

Nos miramos antes de darnos un abrazo. Melissa me pidió que me cuidara y yo le deseé suerte. Robert tiró de mi maleta. Para cuando cruzamos el jardín y me giré para agitar la mano vi que ella ya se había ido.

TERCERA PARTE

Razones

El paso de los días trajo nuevas razones. Razones para apartar las sábanas cada mañana y poner los pies descalzos sobre la moqueta verde que había sujetado mis pasos de niña, explorando el microcosmos de la casa sin temor. Razones para resistir el frío al abandonar el cuarto y quitarse las pesadillas con un buen chorro de agua primero templada y después hirviente.

Razones para cargar con los libros a cuestas, mirar tres pares de ojos verdes sin reparar en sus ojeras y volver a sonreír, retozar y estudiar como antes de que todo cambiara.

Pero todo había cambiado, y podía verlo a través de esos ojos que entonces prefería esquivar, ojos que reflejaban temores mutuos, míos también, capaces de enfocar solo retazos de un pasado en el que ninguno necesitábamos razones.

Mi maleta permaneció a los pies de la cama durante semanas, abierta de par en par. Aún guardaba en ella algunas toallas, libros y artículos de aseo. No era el miedo a que Melissa volviera a buscarme: era la certeza de que en algún momento tendría que irme por mi propio pie.

El afán de las primeras semanas, de las razones... No fue hasta mucho después que comprendí las de la señora Ardwell, asomada a la puerta de su dormitorio.

—Todo esto es culpa mía.

—Deja de engañarte...Ann no estaba bien, jamás lo estuvo.

—Debí haberla apartado de mi lado, impedir que trabajara como lo hacía, sin comer ni dormir. Tampoco debí consentir que volviera a pasar por lo mismo.

—Eso también la habría matado. ¿Es que no te das cuenta? Da igual lo que hicieras, porque seguramente jamás se recuperó de la muerte de su marido.

—No hables así... Ella me quería.

—Sí, te quería. Tú dabas de comer a sus hijas, a quienes probablemente querría más que a ti, y luego estaba la tienda...

—Cállese, Padre. ¿Cómo se atreve a decir eso?

—Cuida de ella si eso te hace sentir mejor, Brenda, pero te aseguro que nada de lo que hagas va a cambiar lo que ha ocurrido...

Los sollozos de la señora Ardwell se escuchaban un buen rato después de que el padre McAnthony abandonara la casona.

Querer o culparse (I)

—Tal vez no debería haberme quedado. Tal vez este no sea el mejor sitio para mí.

—¿Por qué dices eso?

—Es así como me siento

—Bueno... Si tan decidida estás, aún tienes a Melissa.

—¿La tengo?

—Es tu hermana, tu única hermana.

William parecía hablar consigo mismo. En los veinte minutos que llevaba sentado a mi lado nuestros ojos no se habían cruzado una sola vez. Los suyos no se separaban del libro que descansaba sobre su regazo.

—Creí que te hacía feliz quedarte —añadió al poco.

—Es... Es una estupidez. No me hagas caso.

—Para mamá es importante que estés a gusto.

—Claro, de eso no me cabe la menor duda.

Por primera vez William apartó la mirada del libro.

—¿Ocurre algo?

—Olvídalo, son tonterías.

—No, no lo son. —Me rodeó la cara con las manos—.¿Habéis discutido? Escucha, Valery, si hay algo que pueda hacer para que te sientas mejor, quiero que me lo digas.

—¿Para que yo me sienta bien o para que siga estándolo tu madre?

William me soltó cuando hice amago de levantarme. Esperé una última mirada, una mano que me retuviera, pero él permaneció inmóvil y a mí no se me ocurrió nada más que decir.

Mi encuentro con la señora Ardwell no se hizo esperar. Después de dos comidas seguidas en silencio vino a buscarme a mi habitación. Estuve tentada de rehuirla, pero se colocó en la puerta de forma que yo no pudiera salir.

—Valery.

—No quiero hablar.

—Por favor, no lo hagas más complicado. William dice que estás pensando en irte... ¿Qué estoy haciendo mal?

Me crucé de brazos y la miré a los ojos.

—Creía que usted me quería, ¡que a alguien le sigue importando lo que me ocurre! Ya veo que he estado equivocada.

—¿Cómo no voy a quererte?

—Solo se siente culpable.

—¿De dónde sacas eso? Por el amor de Dios, Valery, ¡durante todos estos años has sido como una hija para mí!

—No, no se confunda...Yo solo he tenido una madre, y las dos sabemos bien lo que usted era para ella.

La señora Ardwell no me impidió salir cuando avancé en dirección a la puerta como un torbellino. La dejé allí, menuda, pálida, frágil, llena de razones pero sin fuerzas para detenerme.

El camino de regreso a casa, ya de noche, se me hizo más largo y serpenteante que nunca.

Llegado el momento de separarnos mis compañeras intentaron que tomara un taxi pero el único que pasó por allí se negó a dejarme subir y aunque lo hubiera consentido caminar fue mi primera opción.

Apenas sentía el frío. A ratos iba a parar a la carretera, veía las luces, oía las pitadas y regresaba a la oscuridad. Caminé durante más de media hora aferrándome a las paredes, y al girar a nuestra calle choqué contra una mujer rubia, con el cabello largo y suelto.

—Lo siento...—dijo.

—¡Serás estúpida!

No fue hasta que se giró que reconocí a Sarah. Vi el brillo de sus ojos ambarinos y luego echó a correr. La llamé varias veces por su nombre pero no contestó. Qué importa, me dije. No era más que una estúpida, como a Melissa le gustaba decir.

Querer o culparse (II)

—¿Qué quiere ahora?

Debía ser bien pasado el mediodía, pero la cabeza seguía dándome vueltas y era la tercera vez que bajaba a vomitar. La señora Ardwel se encontró conmigo en el pasillo, a la salida del cuarto de baño, y me agarró del brazo con una fuerza que no esperaba.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Ven conmigo, voy a prepararte un té.

—No.

—Con o sin té hablaremos.

—¡He dicho que no!

Me soltó el brazo pero supe que no por eso iba a rendirse.

—No sé si es mucho pedir que me escuches —dijo en un tono duro que jamás había empleado conmigo.

—Ya no soy una niña.

—No, no lo eres, por eso debemos hablar.

Nos sostuvimos la mirada. Aún quedaban razones, por eso terminé siguiéndola hasta la cocina, sentándome a su lado y rodeando con ambas manos la taza de té que me preparó. Ella permaneció de pie, observándome con los brazos cruzados.

—¿A qué hora llegaste ayer?

—¿Qué importa eso?

—Dime que al menos alguien te acompañó hasta aquí... No me gusta que vuelvas sola.

¿Bebiste mucho?

—Deje de hacerme preguntas.

La señora Ardwell suspiró. Di un sorbo largo al té y lo saboreé mientras evaluaba su expresión.

—¿Tiene remordimientos? —pregunté—. Por eso está aquí, ¿verdad? Por eso las dos estamos aquí.

—Los tengo, sí, aunque no son lo bastante fuertes como para sacarte a ti también de mi vida.

—La señora Ardwell se llevó una mano al pecho—Debería evitar que pases por lo mismo que viviste con tu padre, pero no solo se trata de remordimientos, Valery. Se trata de cariño, del que me une a ti y del que sigue uniéndome a tu madre.

Agaché la mirada.

—Ella era joven...Sabe que lo que le está ocurriendo aceleró su muerte.

—Es suficiente, Valery. Tú has perdido a tu madre, y yo... Yo he perdido a mi amiga. —Los ojos de la señora Ardwell se empañaron—. ¿Y qué si me sintiera culpable? ¿Acaso significa que no puedo quererte, que lo único que debo sentir por ti es lástima? ¡La misma lástima debería sentir por mí, entonces!

Hice amago de levantarme pero ella me presionó en el hombro hasta que volví a sentarme, con una fuerza que, de nuevo, me pilló desprevenida.

—Escúchame bien. No voy a obligarte a que te quedes porque dirás que lo hago solo por lástima. Si quieres volver con Melissa, la llamaremos y no habrá nada más que hablar, pero eso será pasado mañana. Ahora márchate y déjame sola.

No hizo falta que lo repitiera dos veces. Me levanté sin siquiera mirarle a la cara y eché a correr hacia mi habitación. Una parte de mí imaginó a la señora Ardwell desplomándose sobre la silla que hasta hacía poco había ocupado yo, mientras que la otra la hacía aún de pie, erguida y orgullosa. Las dos imágenes dieron muchas vueltas en mi cabeza, hasta que comprendí que lo poco que sabía de ella no era lo bastante fuerte como para sostenerla en ninguna de las dos posturas.

Todo bien

—¿Todo bien?

Al susurro de William siguió una oleada de su cada vez más habitual perfume cuando ocupó el asiento contiguo al mío en la mesa. Sudor, colonia, tal vez algo de tabaco. Olor a preocupación mal encubierta.

—Todo bien —respondí, sin apartar la mirada del plato vacío.

—¿Has dormido con mamá?

—Espero no haberte molestado. Sé que sueles hacerlo tú...

—¿Ya habéis arreglado las cosas?

Notaba sus ojos clavados en mí y un calor intenso. Creí que él también podría oír los latidos de mi corazón, elocuentes y desordenados. Cuando alcé la cabeza vi que me miraba directo a los ojos. Tragué saliva.

—Ya te lo he dicho: todo bien. —Rompí rápidamente el contacto visual y observé a la señora Ardwell, que había ocupado su lugar en la mesa y sonreía mientras charlaba con Sarah—.

¿Tienes idea de qué hace ella aquí?

William torció el gesto.

—No lo sé, pregúntale a Robert.

Eché la silla hacia atrás y otra vez me vi envuelta por ese olor suyo, que quedó suspendido en el aire. Lo vi salir en dirección a la cocina.

—¿Aún no has encontrado nada, después de lo de la tienda? —preguntó la señora Ardwell, que no quitaba el ojo de encima a Sarah.

—De eso vamos a hablar hoy, mamá —terció Robert—. ¿Y William? Os pedí a todos que nos acompañarais hoy.

—Estoy aquí, ¿o piensas que la comida se transporta sola?

Un bol de ensalada se posó con estruendo delante de la pareja. Sarah dio un pequeño brinco; Robert miró a su hermano con dureza. Yo me levanté sin decir una palabra y seguí a William de vuelta a la cocina, donde la asistenta nos entregó el resto de las viandas.

—¿Todo bien? —pregunté, también en un susurro.

Solo que esta vez él no contestó. Nos sentamos de nuevo, William a la derecha de su madre, yo junto a él, como al principio. Robert y Sarah ocupaban los asientos de enfrente.

—Sea lo que sea que tengáis que contarnos, la comida puede seguir esperando —dijo la señora Ardwell—. Sabes bien, Robert, que no me gustan las ceremonias.

Todos mantuvimos las manos apartadas de los cubiertos a la espera de una respuesta. Noté que la respiración de William se había vuelto más pesada, y al mirarle por el rabillo del ojo comprobé que apenas se movía.

—Muy bien, tienes razón. Si hemos esperado más de lo necesario es por todo lo que ha ocurrido en los últimos meses... No encontrábamos el momento, eso es todo.

—Robert...

—¡Voy! Intento arreglarlo, ¿de acuerdo?

—Empieza si no quieres que sea yo quien explique lo que es bastante evidente. Dime, ¿somos los últimos en enterarnos? Porque a estas alturas poco hace falta decir.

Robert y Sarah se sonrojaron de forma desaforada. La señora Ardwell acarició el tenedor.

—Lo... lo explicaré de todas formas. Sarah y yo vamos a casarnos. No ahora, claro, pero sí después...

—Después de que nazca el bebé —completó la señora Ardwell—. ¿Y cuánto tiempo falta para eso?

—Algo... algo menos de cinco meses.

Abrí mucho los ojos. Mi memoria viajó a la tienda, a los días previos a la muerte de mamá, al cuarto de baño impregnado de un desagradable olor a vómito... ¡Claro! Sarah debió quedarse embarazada antes incluso de que la señora Ardwell descubriera su enfermedad. Me pregunté por qué habían tardado tanto en dar la noticia... A decir verdad, todo en Sarah parecía gritar su estado: manos hinchadas, cara redondeada, ojos brillosos... y su vientre, que pude admirar más tarde, durante el postre. ¿Cómo no nos habíamos dado cuenta antes? Luego recordé que no la veía desde que Melissa traspasó la tienda de mamá, y que por entonces su estado habría sido imperceptible. También estaba la visión de hacía un par de noches, cuando me la crucé bien entrada la madrugada en los alrededores de la casona, claro que, ¿quién dice que no fue todo una ilusión?

La señora Ardwell comenzó a servirse la ensalada y William la imitó enseguida. Yo me quedé mirando a Robert, que había agarrado la mano de Sarah y seguía esperando una respuesta de su madre.

—Yo... Mamá, me gustaría...

—Sarah, tu plato. ¿Estás alimentándote bien? Explícame como va todo.

La señora Ardwell extendió la mano en dirección a la que parecía haberse convertido en su nuera. Ésta dio un pequeño brinco y enseguida obedeció con una sonrisa tímida.

—Sabemos que será un niño.

—¿Niño, eh? Bueno, esperaba que al menos en eso me dierais una sorpresa, pero pediremos que venga sano y nos ceñiremos a la tradición en esta familia. ¿Dónde pensáis vivir de ahora en adelante?

La señora Ardwell devolvió el plato lleno a Sarah y tomó el de Robert, que había vuelto a sonrojarse.

—Pensando en ti y en los chicos creo que lo mejor es que nos quedemos en casa... Sarah no puede trabajar ahora, pero yo seguiré en los hoteles y ella puede pasar el tiempo aquí, contigo, y ayudarte en lo que haga falta. Si a ti te parece bien, claro está.

—Tu padre y yo no compramos esta casa para dejar vacías la mayor parte de las habitaciones.

—Gracias, mamá.

Robert recogió su plato pero retuvo la mano de su madre, cuya expresión dura terminó por transformarse en una sonrisa. William carraspeó y se llevó un primer tenedor de ensalada a la boca. Así se inició una comida primero silenciosa, luego plagada de nombres de varón, que terminó con un brindis de zumo de manzana y la maleta de Sarah arrastrándose hasta el nuevo dormitorio de la pareja feliz.

—Que no vuelva a suceder.

—Te lo prometo, te lo juro, sé que...

—Te lo advierto, Robert: no volváis a ocultarme nada. Tengo cáncer, pero no soy estúpida.

Sigo siendo tu madre y nada de lo que me pase cambiará ese hecho.

—Lo sé.

—Sarah y tú podéis quedaros, pero no volverás a mentirme. Jamás.

—Ya te he dicho que...

—Jamás, Robert.

La respuesta de la señora Ardwell fue cortante. Retomé el camino al cuarto de baño cuando intuí que había dado la conversación por terminada, y efectivamente al poco la escuché regresar al salón. Minutos después, cuando volví tras mis pasos, me topé con Robert en el pasillo, apoyado contra la pared en actitud pensativa. Se le escapó un suspiro

—Gracias por cuidar de ella, Valery. Últimamente siento que apenas te he visto ni hablado contigo... Y siempre estás a su lado.

—Lo que tú haces también es importante para ella, y para todos.

Robert me puso las manos sobre los hombros.

—Prometo pasar más tiempo con vosotros. No quiero que los hoteles se conviertan en muro entre nosotros. —Agachó la cabeza hasta que nuestros ojos estuvieron a la misma altura—.

Mamá y William me han contado que te has planteado la posibilidad de irte. ¿Es eso cierto?

—Ahora está todo arreglado.

—¿Segura? ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Melissa?

Me encogí de hombros.

—Sé que está bien.

—¿Y qué pasa contigo? No te ha llamado ni una sola vez, ¿verdad?

—No es solo su culpa, yo tampoco la he llamado a ella.

—Prométeme que mantendréis el contacto. Eso... eso te ayudará.

Asentí sin demasiado convencimiento. Robert me revolvió el pelo como cuando era una cría.

—Vas a ser padre... ¿cómo te sientes? —pregunté.

—Siento que he sido padre durante muchos años, Valery, padre de mi hermano, padre de mi madre... hasta mi propio padre, a veces. La diferencia, ahora, es que seré el padre de mi hijo.

—Lo harás bien, como todo lo demás.

Me abracé a él cuando sonrió, pensando en lo distinto que era de William, y de pronto aquella idea regresó a mi cabeza.

—Robert, ¿estuvo Sarah aquí anteayer? —quise saber—. Pasando la noche, quiero decir.

—Imposible... ¿No lo recuerdas? Ni siquiera yo dormí en casa; estuve en el hotel de Aberdeen, trabajando.

Volví a imaginar a Sarah en la oscuridad, caminando a toda prisa y con la melena clara oteando al viento. Robert se apartó de mí y me rodeó la cara con las manos.

—¿Todo bien? ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Olvidalo, es una tontería —dije—. Me alegro de que los dos vayáis a quedaros.

Dejé que Robert volviera a estrecharme y me prometí a mí misma que olvidaría todo lo relacionado con aquella noche.

Vacaciones, ronchones y vestidos

A mediados de julio los Ardwell me llevaron de vacaciones a su hotel de Saint Andrews para celebrar el final del tratamiento de la señora Ardwell. Esperamos los resultados de sus análisis paseando por las playas interminables e incluso arriesgándonos a darnos algún que otro chapuzón.

El aspecto de la señora Ardwell no era exactamente saludable. Jamás la había visto tan pálida e hinchada, apenas comía y en las últimas semanas casi no se había levantado de la cama. No obstante, como decía William, si los médicos decían que estaba bien, era que lo estaba.

Después del primer día de playa, inusualmente cálido, Sarah y yo acabamos confinadas a la sombra. Nos turnábamos para embadurnarnos de una crema solar espesa como el cemento, unidas por la solidaridad de una piel translúcida. Ella logró un color parecido al moreno transcurridos dos días. Yo tomé prestado un sombrero de paja de la señora Ardwell y una camiseta enorme de William para las ocasiones en que me arriesgaba a exponerme al sol. A pesar de aquello adoraba respirar el mar y verlo cada mañana a través de la ventana de mi habitación, junto al viejo campo de golf. Si me esforzaba lo suficiente podía imaginar que estaba en Marsella.

Disfrutaba de verdad cuando acompañaba a William y Robert en largos paseos por la costa o a bordo de una barquichuela que nos prestaban unos amigos de la familia, normalmente por la tarde. Sarah solía quedarse con la señora Ardwell en el hotel; decía que el barco le mareaba.

Nosotros apenas hablábamos. Robert se encargaba del barco, William leía al sol y yo me lanzaba una y otra vez por la cubierta, aunque el agua estuviera congelada. Pasaba horas y horas en el mar, la mente en blanco y el sol abrasándome la piel.

Por las noches la señora Ardwell me esperaba al salir de la ducha y me embadurnaba de crema las quemaduras. Yo bajaba a cenar sonriente y con la cara toda roja, el pelo recogido en un nudo de salitre. La señora Ardwell subía enseguida a su habitación, mientras que Robert y Sarah se arreglaban e iban a dar una vuelta. William y yo teníamos una sobremesa muda que finalizaba cuando él decía que iba a tomar algo al pub del hotel.

—¿Por qué no me acompañas? —propuso el segundo día—. Es pronto para que vuelvas a tu habitación.

—Bueno...

—No quiero que te la pases allí encerrada. Hemos venido a Saint Andrews para disfrutar,

¿recuerdas? Anda, deja que te vea. —William me levantó la barbilla. Contemplé de cerca sus ojos verdes, que recorrieron mis facciones con detenimiento. —Primero tienes que subir a cambiarte y ponerte algo de maquillaje. Por mucho que vengas conmigo, Valery, no te dejarán entrar así vestida.

—Tengo quince años.

—Ve a la habitación de mamá y hurga en su armario. Seguro que puede prestarte algo de ropa.

—William... Sé que quieres animarme, pero no creo que acompañarte sea una buena idea.

Incluso si me maquillo, ¿qué pasará si me exigen identificarme en la entrada?

La sonrisa de William se desvaneció.

—Entonces iré yo solo.

Eché la silla hacia atrás y salió del comedor. Yo suspiré. Nada más llegar a mi habitación prendí la luz y entré en el cuarto de baño, donde contemplé mi aspecto en el espejo. Los ronchones rojos no eran exactamente favorecedores, pero no me daban aspecto de cría. Al contrario: en cuanto me até el cabello, se acentuó mi parecido con Melissa y cambié la edad de mi pasaporte. Decidí probar a echarme algo de máscara de pestañas. Guardaba un bote viejísimo que había pertenecido a mi hermana y que le sustraje en un arrebato de curiosidad. Después de unas cuantas pruebas logré un resultado asombroso: mis pestañas pelirrojas se habían vuelto tupidas y visibles. Me embadurne los labios con una reliquia materna y decidí que estaba preparada.

Una vez más, revisé mi aspecto ante el espejo. Llevaba un vestido rosa palo muy informal, algo infantil como William había dicho. Después de pensármelo salí de mi cuarto y me aposté dos puertas más allá. Dudé un instante; ¿y si despertaba a la señora Ardwell? No quería ocasionarle más problemas de salud. Por otro lado, William estaría en el bar, y podía subiren cualquier momento.

—...cuesta respirar. Sí, ya sabía que podría pasar. De todas formas, ¿podría dar orden de que me hicieran otra receta?

Acerqué la oreja a la puerta. La voz de la señora Ardwell me llegó con más claridad.

—...no voy a volver. Deje de insistir, ¿de acuerdo? ¡Estas están siendo las mejores vacaciones de mi vida! Pronto dejaré de darle tanto trabajo, doctor Brown, y podrá tomarse unas parecidas.

¿Quiere que le haga una reserva en el hotel?

Toqué la puerta con los nudillos.

—Tengo que colgar. Hágame llegar eso que usted sabe y déjelo ya: no pienso hacerle ninguna visita. ¡Ahora abro!

La señora Ardwell arrastró los pies hasta la puerta. Su rostro tenía una pinta un poco azulada.

—¡Valery! ¿Te ocurre algo, nena? ¡Pasa!

Entré en lo que parecía tratarse de una habitación de hospital con cortinas bonitas y vistas al mar. Mi protectora me hizo varias señas y corrió a sentarse de nuevo. Después de algunas inspiraciones a través de la mascarilla le volvió el color.

—¿Se encuentra bien?

—Has venido a por un vestido, ¿a que sí?

Se levantó con renovadas fuerzas y revolvió en su armario. Sacó uno de color negro y palabra de honor que me resultaba vagamente familiar.

—¿Te acuerdas?

Me encogí de hombros. Tironeó de las mangas de mi vestido y me instó a quitármelo. Lo hice todo lo aprisa que fui capaz. Después me enfundé aquel tubo de satén negro y me miré en el espejo.

—¡Es como el de Melissa!

—Lo pedí algo más largo, pero tú eres altísima. Cielo santo, ¡cómo os parecéis!

Di varias vueltas. Era como lo había soñado, aunque mis caderas hacían algo reventonas las costuras y el escote lucía demasiado evidente.

—¿Cómo me ve?

—Estupenda.

—¿No es un poco...?

—Anda, baja ya. No sé quién te estará esperando, pero acabará por dejar de hacerlo si no te decides.

Sonreí y le planté un beso en la mejilla.

Si no tuviéramos que morir

Aquellos tacones eran incomodísimos y temí chocarme contra el marco de la puerta. Calculé que debía estar tan alta como William. El portero del pub inclinó la cabeza en señal de saludo y yo le correspondí con una risita histérica.

Él estaba sentado en una de las mesas del fondo. Se me quedó mirando con el ceño fruncido y relajó su expresión al reconocerme.

—Valery...¡Madre mía!

—Por un momento creí que no me dejarían entrar. ¡El portero no hacía más que mirarme! Al final solo ha inclinado un poco la cabeza y ni siquiera me ha pedido el carnet.

Aparté la silla y me senté frente a un ya sonriente William. Crucé las piernas para evitar ángulos peligrosos mientras me bajaba el vestido por enésima vez.

—Estás... En fin ¡no lo puedo creer!—Me señaló con ambas manos—. ¿Es de mamá ese vestido?

—Me lo ha prestado ella, sí...

—Es, es... —Eché la silla hacia atrás y se puso en pie—. Voy a pedir algo, ¿de acuerdo?

Espérame aquí.

Sonrojada como estaba, me alegró que se perdiera entre la multitud que rodeaba la barra.

Regresó con un par de cócteles en copa triangular, de aspecto muy sofisticado, que dejó sobre la mesa. Brindamos, di un sorbo al mío y al poco de tragar un calor familiar me raspó la garganta.

—William, se supone que yo no puedo...

Él echó a reír.

—Ni mamá ni Robert están aquí, Valery. Nadie dirá nada.

El sabor era suave, pero no se me escapó el gusto a Vodka. Me vinieron a la memoria los intercambios de licores en los vestuarios del instituto, y las botellas que habíamos vaciado en nuestras más recientes salidas, antes de que yo hiciera las paces con la señora Ardwell.

—Me gusta —dije simplemente.

La sonrisa de William se hizo más amplia. Hubo varios cócteles más, de sabores y colores distintos, que bebimos en silencio y terminamos a la par.

—¿Lo estás pasando bien? —quiso saber al cabo de un rato.

—Sí. —Solté un momento la pajita—. Volver a pasar calor aunque sea aquí, en Saint Andrews, ha sido maravilloso. ¡Creí que lo había olvidado!

—Sabía que iba a gustarte. —Me tomó de las manos—. Te ha venido muy bien cambiar de aires... De hecho, ha sido bueno para todos. Pensar en el sol, en comer, beber y dormir... ¡Hace días que no leo el periódico ni piso un hospital! Hasta mamá tiene mejor aspecto. Ya lo dicen quienes viven aquí: Saint Andrews es una burbuja maravillosa. ¿No te gustaría quedarte para siempre?

Sus ojos verdes refulgían.

—No sé si es bueno estar tanto tiempo al margen de la realidad —dije—. Subes una montaña, estás a

punto de llegar a la cima y ya tienes que pensar en bajar.

—¿Y si la cima fuera eterna?

—Lo sería si no tuviéramos que morir.

Sorbí las últimas gotas de mi cuarta copa. Hacía rato que William había terminado la suya, y se veía repentinamente serio.

—Es tarde. Deberíamos volver.

Al levantarme descubrí que en algún momento de la noche mis tacones se habían vuelto de gelatina. Demasiados colores..., demasiados licores distintos en las copas. William me tomó del brazo y me condujo hasta la salida.

Apenas sentía cómo mis pies se ponían el uno delante del otro. Llegamos a la habitación y traté de meter la llave dos palmos más arriba de la cerradura. William me corrigió pero no pudo evitar que nada más entrar chocara contra el recibidor y volcara un jarrón.

—Ya está, no te preocupes.

Me dejé caer encima de la cama con un suspiro de alivio. La tregua duró hasta que el techo comenzó a darme vueltas. Cerré los ojos y sentí cómo William me quitaba los zapatos y me echaba la sábana por encima. Después de que la luz del cuarto se apagara creí que él había salido, aunque transcurrido un buen rato noté su peso en el borde del colchón y me apartó el cabello de la cara. Sentí su aliento cálido cerca de mi mejilla. Permanecí muy quieta, mientras el corazón me latía a toda velocidad, pero al poco William volvió a ponerse en pie y su perfume se diluyó antes de quedarme dormida.

Deseos de cosas imposibles

Él también hubiera preferido pasear por cualquier otra parte, podía verlo en sus ojos, pero el cementerio era un cruce casi obligado entre el pueblo y el mar. Alojado entre las ruinas de la catedral, repleto de visitantes y gaviotas, parecía más bien un parque turístico.

—Y dices que a mamá le dolía la cabeza.

—Eso parece, aunque ha prometido bajar a almorzar con nosotros. Sarah tampoco se encontraba muy bien, así que Robert se ha quedado con ellas.

—Ya. —William dejó escapar un suspiro—. ¿Cómo estás tú, después de lo de ayer?

—No me puedo quejar.

Se me encendieron las mejillas. Por suerte, la señora Ardwell no comentó nada sobre mi palidez y ojeras cuando fui a devolverle el vestido aquella misma mañana. Después de dos desagradables visitas al cuarto de baño y una taza de té bien cargado volví a sentirme como nueva.

—Gracias por acompañarme —dijo William—. Aunque te prometo que esta noche tomaremos algo más suave.

A los dos se nos escapó una sonrisa. Bordeamos lastumbas dejando que el viento erosionara nuestras preocupaciones y nos llenara los pulmones de aire limpio. Sol, mar... Mientras caminábamos reflexioné sobre el efecto que, según William, aquel lugar estaba teniendo sobre nosotros.

—¿De verdad crees que es posible no sentir? —pregunté de pronto—. ¿Es cierto que no piensas en todo lo que ha pasado ni sientes miedo por el futuro?

Esquivamos a un grupo de turistas asiáticos que se afanaban por tomar fotografías de lo poco que quedaba de la catedral y, cuando nos hubimos alejado unos metros, William se detuvo.

—No, es imposible —dijo. Acarició la piedra de una de las lápidas con la punta de los dedos

—. Aunque me gustaría.

—Lo... lo sé. Es como... como cuando le dijiste a Melissa que no la querías, que no querías a nadie. En realidad... sólo lo deseabas.

William abrió mucho los ojos al oírme. Yo notaba la brisa fresca revolviendo mi pelo y mis ideas, las palabras que brotaban de mis labios como aire impregnado de mi interior. Tomé asiento en los restos de un muro de la catedral y William hizo lo mismo.

—Tu hermana estaba en lo cierto. Soy un maldito cobarde, un auténtico...

—Oye, ¡tranquilo! Si sencillamente hubiese que tienes miedo, ¿le darías también la razón?

—¿Eso es lo que te ha contado?

—No. Eso... eso es lo que tú y yo sabemos. —William enrojeció—. No sigas machacándote.

Además ¿qué se supone que lograrías? ¿Es que quieres volverte de piedra?

William había agachado la mirada. Siguió trazando dibujos imaginarios en la superficie del muro.

—¿La echas de menos? —preguntó al cabo de un rato.

—A menudo. —Suspiré—. Es extraño no oírla refunfuñar o discutir con mamá. En realidad...

Las echo de menos a las dos.

La lágrima resbaló por mi mejilla. William despegó la mirada del suelo y recorrió el surco con el dedo índice hasta detenerse en la comisura de mis labios, que se curvaron en una sonrisa salada. Nos miramos hasta que él también sonrió.

—Me gusta este lugar —dije—. Se respira el mar, se piensa el mar. No sé si me siento bien o si no siento nada, si tengo miedo o no, pero me gusta.

Contuve el aire cuando William acercó su rostro al mío y me besó en la frente. Respiré entonces su olor, olor a colonia mezclada con sudor, a piel, a preocupación mal encubierta. Él no dijo nada. Dejó que lo abrazara hasta que el viento arreció y los dos comenzamos a temblar.

Emprendimos el camino de regreso al hotel tomados del brazo, muy juntos, algo encorvados para evitar las gotitas que comenzaron a caer.

—Gracias —dije cuando llegamos a la puerta de mi habitación.

Volvió a sonreír.

—Gracias a ti.

La mejor medicina

—Esta tarde no deberías bajar a la playa, Valery.

—¿Por qué dices eso?

—¿Es que quieres que se te caiga la piel a tiras? William, díselo tú.

Sarah me había recogido el pelo y examinaba mi espalda con el ceño fruncido. Exhalé un suspiro. Poco antes la muy aguafiestas había insistido en que dejara a un lado el pudding y me sirviera más ensalada. Acabó discutiendo con Robert después de que yo me negara cinco veces seguidas.

—Sarah, cielo, ten paciencia. Todos estamos de vacaciones, aunque tus hormonas den saltos de alegría —terció la señora Ardwell—. ¿Un poco más de piña?

Su casi nuera mantuvo la boca cerrada hasta lo de la playa. Esperé la respuesta de William, que se rascaba la barbilla mirando al infinito.

—Valery y yo nos vamos. ¿Alguien quiere acompañarnos?

Esbocé una media sonrisa. Solté mi cabellera mientras observaba la expresión seria de Sarah.

—Eres más crío que ella, por consentírselo.

—Unas cuantas horas más de sol son irrelevantes a estas alturas.

Se miraron a los ojos. Robert rodeó a Sarah por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Déjalo, a Valery no va a pasarle nada. Vayamos a dar una vuelta, ¿quieres?

—Eso es, ¡saquemos a las hormonas de paseo!

Tuve que hacer un esfuerzo por contener la risa. Era la primera vez que Sarah levantaba la voz delante de mí. Se alejó de nosotros dando grandes zancadas, con cara de limón. Robert puso los ojos en blanco y la siguió después de alzar la mano en señal de despedida.

William y yo pasamos la tarde entera en la playa, a solas. La señora Ardwell había decidido quedarse en su habitación, aunque me confesó en voz baja que cada vez se sentía mejor. Durante la cena lo demostró jaleándonos con su conversación animada, a pesar de las caras largas de Sarah. Vi que ella se quedaba sentada en la mesa cuando el resto nos íbamos. De pronto, William tuvo una enorme urgencia por repetir

el postre.

—¿No vienes al pub? —pregunté.

—Enseguida.

Lo dijo sin mirarme; Sarah tenía toda su atención. La señora Ardwell me tomó del brazo y Robert dijo que aquella noche no tenía ganas de dar una vuelta. Lo vi salir bastante serio.

Antes de abandonar el comedor miré hacia atrás y me fijé en que el postre de William parecía de todo menos dulce: servido en plato frío, con sabor a mal genio y amargo, muy amargo. Subí a cambiarme y lo esperé sentada en el vestíbulo. William me alcanzó cuando yo ya había contado treinta y siete sonrisas de la recepcionista.

—¿Tan rico estaba el postre que has decidido dejarme aquí sola?

—Espero no haberte hecho esperar demasiado.

Asentí aparentando algo de enfado. Por el rabillo del ojo vi que Sarah salía del comedor, seria y con la cabeza muy alta. William se inclinó en una divertida reverencia y me tendió la mano.

—Se me ha ocurrido un lugar al que podríamos ir hoy, mucho más interesante que el pub.

¿Querrás acompañarme?

—No sé...

Traté de mantener mi gesto agrio pero resultó tan forzado que me entró la risa, risa que de inmediato contagié a William.

—Vamos.

La cima

Caminamos por The Scores, bordeando el acantilado y dejando la catedral en ruinas a la derecha. Desde allí se podía contemplar el famoso malecón, bañado por una luz plateada que se contagiaba al mar y lo hacía discernible del cielo. No soplaba el viento y el oleaje bañaba con calma los pedruscos allá abajo. William y yo nos apoyamos en la barandilla mientras contemplábamos el espectáculo.

—Tenías razón: quedarse en el pub habría sido una estupidez.

—Saint Andrews puede verse así una vez cada mes, pero, incluso si en agosto continuáramos aquí, y no soplara el viento, ni hubiera nubes en el cielo..., nunca podríamos volver a disfrutar de un momento como este.

William tomó una bocanada de aire y lo exhaló despacio. Podía notar el aura de calor que desprendía su piel, como si se hubiese formado una pequeña tormenta solar en su superficie, aunque solo nos alumbraba la luna.

—Sarah no parecía muy contenta esta noche.—dije.

William frunció el ceño.

—Olvídala.

Resultaba imposible mantener un gesto desagradable frente a unas vistas tan bellas y el ceño de William se deshizo tras unos minutos en silencio.

—¿Bajamos al puerto? —sugirió.

—De acuerdo.

Descendimos la cuesta tomados del brazo. El agua brindaba más luz que cualquiera de las cada vez más dispersas farolas, aunque el camino era pedregoso y empinado. Al llegar abajo tomamos conciencia de lo baja que se encontraba la marea. Muchos de los barcos se hallaban varados en el fondo, torcidos y desvalidos, a la espera de que subiera el nivel de las aguas.

—¿Imaginas si se repitiera este olor la próxima luna llena?—William se tapó la nariz—.

Definitivamente suprimiría esta parte. ¡Prefiero las nubes y la lluvia!

Los dos echamos a reír. A pesar de las algas en descomposición nos sentamos en el borde del malecón, con las piernas colgando y las manos asidas, muy juntos.

—Podemos volver mañana. Sé que no será lo mismo, y la luna no estará llena, pero...

—Seguiremos estando en la cima.

Apoyé la cabeza en su hombro. William me dio un beso suave cerca de la oreja. Se me erizó la piel cuando noté que sus labios gruesos, lejos de detenerse, como las otras veces, recorrían mi mentón. Los separó un momento y me miró a los ojos.

Sonreí.

Volvió a besarme, esta vez cerca de los labios.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que decidimos regresar al hotel.

William me acompañó hasta mi cuarto. Durante el trayecto en el ascensor no cruzamos una sola palabra, pero nuestras manos permanecieron unidas. Tras otro rato interminable se abrieron las puertas y un pitidito anunció que estábamos en la cuarta planta. Mi habitación era la más cercana. Caminamos hasta allí y nos miramos.

—Hasta mañana.

—Hasta... mañana.

Y otra vez sus labios.

Analizar

Apenas pegué ojo. Despertaba y me revolví entre las sábanas pensando en la señora Ardwell, en Robert, en William.. Volvía a dormirme y reaparecía con los pies en la cabecera, empapada en sudor y remordimientos. ¿Qué iba a pasar ahora? ¿Me besaría en el desayuno?

¿Había sido un sueño? ¿Qué podía darle yo, qué veían sus ojos verdes al mirarme?

Salí de dudas a las ocho y media, cuando alguien tocó la puerta. Yo llevaba un buen rato despierta, aunque sin levantarme, y tuve que vestirme todo lo aprisa que fui capaz. Al abrir la puerta estaba él, con su sonrisa relajada y sus dos preciosos ojos verdes.

—Llevas la camiseta del revés.

—Oh... Bueno, yo...

—¿Nos vemos abajo, en la mesa de siempre?

Asentí. Tiró de uno de mis mofletes y me plantó un beso en la mejilla, cerca de los labios Vergüenza

Estuvimos pegados con cola durante todo el día. Pensé que me daría vergüenza ser yo quien lo besara, pero pronto, demasiado pronto, perdí el miedo. Por la tarde Robert no quiso acompañarnos al barco, así que William y yo decidimos dar un paseo por el camino de la costa, con los brazos pasados por la cintura. Acabamos alejándonos varios kilómetros del pueblo y para cuando decidimos dar la vuelta amenazaba ya con hacerse de noche, así que no nos quedó más remedio que buscar una carretera y regresar haciendo auto stop. Llegamos muy tarde al hotel, tanto, que optamos no hacer la habitual parada en el pub. Ya en la cuarta planta apoyé la espalda en la pared más cercana y dejé que me rodeara por la cintura. Apenas recuerdo de qué hablábamos; sé que nos reíamos, y mucho. Luego estaban los besos y los abrazos, a los que me había acostumbrado como quien se calza unas pantuflas en invierno.

Alguien carraspeó al pasar a nuestro lado. Vi de refilón un uniforme de la limpieza y nos apartamos un metro más allá para que pudieran abrir una puerta en la que no me había fijado.

Casi al momento, se escuchó un portazo al fondo del pasillo. Despegamos los rostros y William me hizo una señal para que estuviera callada.

—Estás inaguantable.

—¡Es una lástima que yo sea la única embarazada de los dos, porque en mi caso el mal genio tiene justificación!

—No pienso seguir discutiendo contigo, Sarah.

Arrastré a William hasta la puerta abierta que habíamos visto un metro más atrás.

—¿Qué haces?

—¡Es Robert..., no quiero que nos vea!

Nos ocultamos detrás de un carro repleto de sábanas sucias, al fondo de la habitación.

Escuchamos más voces y al cabo de un momento oímos los pasos de Robert en dirección al ascensor.

—Sí que tiene mal genio tu cuñada —susurré.

—Valery, salgamos de aquí.

Nos apresuramos a abandonar el cuartucho y entramos en mi habitación. Dejé las llaves sobre la mesita de noche y me dejé caer sobre la colcha, con la cabeza entre las manos. William permaneció de pie frente a mí, sin dejar de mirarme.

—¿Por qué no querías que nos viera Robert? —preguntó después de un rato.

—No es que no quisiera...

—¿Entonces?

Suspiré.

—Quizás... me dé vergüenza.

—Todo irá bien mientras hagas lo que tú desees hacer.

—También... también me da miedo no tener algo de lo que avergonzarme.

Noté cómo William se ponía en tensión. Me ruboricé mientras esperaba una respuesta.

—Puedo quedarme o irme —dijo.

Erguí la cabeza.

—Y si te vas, ¿tendré o no algo de lo que avergonzarme?

—Nunca haré nada que no quieras.

—Todo eso está muy bien, pero, ¿qué quieres tú?

William se sentó a mi lado. Nos miramos hasta que me entró la risa. Me dijo lo que él quería al oído, mientras se multiplicaban mis carcajadas. Luego bajó la cremallera del vestido, introdujo la mano e hizo un círculo con los dedos alrededor de mi ombligo. Noté dos botones en la prenda que antes no estaban cuando sus manos entraron en contacto con el sujetador. Volvieron atrás de forma lenta e irresistible, en la espalda, subiendo a lo largo de mi columna vertebral hasta rozar la nuca, los hombros y por fin retirar los tirantes del vestido. No sé cuánto tiempo tardamos en acabar completamente desnudos. William se entretuvo quitándome el traje, la piel y la vergüenza.

Abrí los ojos cuando noté que William se movía. Tuve que cerrarlos prácticamente al momento, pues a través de la cortina entraba demasiada claridad. Alguien tocaba la puerta de forma insistente. Intercambiamos una mirada y comenzamos a vestirnos a toda velocidad.

—¿Quieres que me esconda debajo de la cama? —dijo mientras se subía los calzoncillos.

Le saqué la lengua. Abrí la puerta cuando calculé que nuestro aspecto era presentable. Allí estaba Sarah, immaculadamente vestida con un polo blanco y una falda caqui.

—Son casi las diez —dijo—. Me preguntaba por qué no has bajado a desayunar. Aunque... —

Levantó una ceja y sus ojos recorrieron la habitación—. Puedo hacerme una idea aproximada.

—Valery, espérame abajo —terció William.

Asentí. Tomé las llaves de la habitación, me calcé unas parisinas y doblé la pared. Después lo pensé mejor y retrocedí unos cuantos pasos.

—Ya lo hemos hablado —oí que decía William—, ella es libre y me hace feliz.

—No estaba bien. No lo estuvo desde el principio. Esto tampoco me ennoblece, lo sé, pero entiéndeme: dijiste que me querías, y yo... ¿Crees que no soy humana?

Sarah sollozó. Caminé hasta el ascensor, que tardó en subir más de cinco minutos, y para cuando llegó estaba lleno de turistas. La segunda vez hubo más suerte. Metí un pie dentro mientras contemplaba mi reflejo en el espejo, el de una cría pecosa de quince años.

Gravedad

Qué duro es comprender que el sol dista mucho de ser el centro del universo. Que los planetas giran, además de en torno a él, alrededor de sí mismos. Que disponen de sus propios satélites e incluso los hay con aspiraciones similares a las del astro rey.

Qué duro es desconfiar. Temer que los planetas colisionen, que una órbita se convierta en una trayectoria errática, que lo que parecía traslación sea simple rotación.

Qué duro es madurar.

Entré con paso torpe en aquel universo de astros brillantes, todos mayores que yo. El engranaje que coordinaba sus movimientos resultaba invisible para mí, y sin embargo era tan palpable.

Sola. Tendría que aprender sola a ejercer la fuerza de mi propia gravedad.

Saberlo todo

Observé el aspecto de las nubes, mullidas, blancas y consistentes en apariencia. Sentí la tentación de dejarme caer sobre ellas, igual que sobre los brazos de William, aún a riesgo de precipitarme al vacío.

—¿Lo has pasado bien?

—Sí, muy bien.

La señora Ardwell me obligó a girar la cara. El contorno de los objetos se tornó verduzco al apartar la

mirada del intenso sol que emanaba de la ventanilla.

—Habla, jovencita.

—No me ocurre nada.

—¿Crees que nací ayer?

William levantó la cabeza. Su madre le dedicó una sonrisa que él correspondió para sumirse de nuevo en la lectura. Luego ella se inclinó sobre mi oído izquierdo.

—Valery, cielo. En mis cuarenta y siete años, nadie, nunca, ha conseguido ocultarme algo durante más de, digamos... ¡bah! ¡Nunca!

—Oiga, no quiero que se enfade, pero...

—¡Pero nada! —Bajó aún más el tono de voz—. Sé que has estado saliendo con él. Sé...

intuyo... que has visto u oído algo que no debías.

Di un pequeño brinco.

—¿Cómo?

—¿Lo ves? —Ronroneó complacida—. La próxima vez querrás contármelo tú.

—¿Cómo... cómo es posible que lo sepa?

—Las madres lo sabemos todo.

—Pero... usted no es mi madre.

—Claro que lo soy... ¡Y también la de él!

Agaché la cabeza. A pesar del vestido y las quemaduras me sentía completamente desnuda.

—Mira, cariño —siguió la señora Ardwell—, todos cometemos errores en algún momento de nuestra vida. Seguro que te lo han dicho un millón de veces, pero ¿te ha pasado?

—No lo sé.

—¿Conoces a alguien a quien sí?

Juro que me sonrojé.

—Resulta terrible pensar en la cantidad de veces que las personas se equivocan —continuó

—, pero los errores son útiles cuando pertenecen al pasado, sobre todo si se aprende de ellos.

Quise preguntarle qué sabía, pero me pudo la vergüenza, y además estábamos todos en el coche.

—Errores... pasados.

—Sí, hija.

Lo reflexioné durante unos instantes. La señora Ardwell me acarició el pelo.

—Es un buen chico. Trata de no juzgarlo... Cuidarás bien de él, ya lo estás haciendo de maravilla.

A medida que sus palabras calaban en mi mente, comprendí por qué quería tanto a aquella mujer: al final, siempre se las arreglaba para hacerme sentir alguien que merecía la pena.

Llovía cuando llegamos a Edimburgo. La visión de las fachadas ahumadas fue lo más parecido a una vuelta a casa que se me ocurrió, así que sonreí mientras notaba el brazo izquierdo de William pegado al mío, y veía resbalar las gotitas que se acumulaban en el cristal del BMW

cuando formaban una lo bastante grande. Robert iba conduciendo y tanto Sarah como la señora Ardwell se habían quedado dormidas. William se inclinó sobre mí y sacudió suavemente el hombro de su madre, que abrió los ojos y se incorporó enseguida. Sarah tuvo que conformarse con un lacónico “hemos llegado”. Cuando salimos todos del coche noté que a la señora Ardwell le costaba mantenerse erguida. William y Robert acudieron en su ayuda. Para cuando cruzaron el pequeño jardín delantero, yo ya me había cansado de estar de pie.

—Venga, mamá, tienes que acostarte. Voy a llamar al doctor Brown —dijo Robert.

—¡Ni hablar! ¿Crees que voy a darle ese gusto? Acabo de regresar de las mejores vacaciones de...

Subió el primer escalón de la entrada y se le doblaron las piernas. Desde el recibidor, Sarah y yo presenciamos el desplome. La señora Ardwell se escurrió entre los brazos de Robert como una muñeca.

—¡Mamá!

William se puso blanco y dio un paso hacia atrás. La señora Ardwell apenas reaccionó cuando Robert le palmeó las mejillas. Con un gesto me indicó que avisara una ambulancia. Sarah fue tras de mí y me arrebató el teléfono de las manos.

—Quita... Ya lo hago yo.

Amor

Habría dejado de respirar solo para observarle unos segundos más, aún ajeno a mi presencia, pero me delató la necesidad involuntaria de aire. Al oírme, a William se le cayó el libro al suelo.

Enseguida volvió la mirada hacia la puerta.

—¿Quién...? —Se incorporó mientras entrecerraba los ojos—. Valery, ¿qué demonios haces ahí?

Dudé entre hacerme completamente visible o echar a correr, como solía años atrás. Luchando contra el sonrojo di un paso al frente.

—Yo...

—¿No estabas con Robert?

—Me ha pedido que me quede.

—¿Y Sarah?

—En... el hospital, con él.

Mentira, pensé, pero eso William no lo sabía. Recogió el libro y mantuvo la cabeza agachada mientras caminaba en su dirección. Después, cuando estuvimos cerca, buscó mis ojos. El contacto duró unos milisegundos, los suficientes para arrancarme la sonrisa relajada que me acompañaba cuando estaba a su lado.

—Anda, ven —dijo.

Alargó el brazo derecho y me atrajo hacia sí. El libro volvió a caer al suelo. Ya no podía verle la cara aunque sí sentir el tacto áspero de su camisa, sus manos siempre cálidas, la familiar mezcla de perfume y sudor, olor a preocupación mal encubierta.

—Quiero... —empecé al cabo de un rato—. Quiero decirte que puedes contarme lo que quieras, o si lo prefieres me quedo aquí sin decir nada, o me voy, o...

Tragué saliva. Después de varios minutos el silencio se había vuelto complicado de rasgar. A mis palabras siguió un eco que ablandó aquel muro, pero mientras esperaba una respuesta que no llegó, el abrazo de William se hizo más estrecho y supe que ya ninguno hablaríamos.

—¿Por qué no reconoció que estaba tan mal? —preguntó Robert—. Interrumpir la quimioterapia... ¿A quién se le ocurre, sin siquiera haber notado una mejoría?

—Precisamente por eso tomamos la decisión. Ya desde el segundo ciclo detectamos que algo no iba bien y decidimos modificar el tratamiento. ¿Qué puedo decir? —El doctor Brown se encogió de hombros—. Antes de marcharse sabía lo del pulmón. Le propuse una intervención quirúrgica pero fui sincero con ella: la respuesta a la nueva medicación tampoco ha sido la esperada y la metástasis confirma los peores pronósticos.

—¿Por qué no vuelve con la quimioterapia? Ha pasado muy poco tiempo, ¿cómo puede darse tan pronto por vencida?

—Continuar con un tratamiento tan agresivo sería contraproducente. Habría que esperar a que se restableciera de la infección, y ni siquiera entonces habría garantías.

—Pero algo se podrá hacer, ¿no?

Esta vez fue William quien, con voz temblorosa, se dirigió al doctor Brown.

—Lo siento, hijo. Las instrucciones de tu madre son muy claras. Ella sabe bien a lo que se enfrenta, te lo garantizo.

—¡Su trabajo es curarla!

—A menudo también lo es respetar la voluntad de mis pacientes.

—¿Cuánto... cuánto tiempo cree usted que aguantará? —preguntó Robert.

—Ahora se encuentra muy débil pero estoy seguro de que recuperará las fuerzas. Sin la quimioterapia tendrá una mejor calidad de vida. Serán unos meses... cuatro, cinco... Dudo que más de medio año, aunque sería absurdo daros una cifra.

Salí detrás de William cuando él abandonó el despacho. Al principio intentó zafarse de mí, pero yo lo retuve con brazos y piernas. Noté cómo poco a poco dejaba de resistirse y me encontré envuelta en su abrazo.

—¿De dónde sacas la fuerza? —preguntó, en un susurro—. ¿Cómo haces para mirarla a la cara sin llorar, para reír a su lado, para sostenerla cuando cae aunque hasta ahora haya sido ella quien te ha sostenido?

—Es amor, William. Amor que me hace verla por dentro y olvidar lo que ocurre.

Robert se cruzó con nosotros en el pasillo y nos miró con fijeza al ver la forma en que nos abrazábamos. No dijo nada cuando al día siguiente nos encontró acurrucados sobre la cama de William. Tampoco hizo comentarios aunque noche tras noche nos veía cruzar la puerta del dormitorio tomados de la mano y pronto, mañana tras mañana, yo empecé a ingerir aquellas pildoritas del tamaño de un botón sin disimulo. Sí se acercó a hablar conmigo después de que William visitara a su madre en el hospital pasados quince días, y la dejara sonriente y hasta con mejor pronóstico.

—No sé qué le has dicho para convencerlo, pero gracias —dijo.

—Es amor, Robert. Yo no he hecho nada.

—Gracias —repitió.

Sonreí, y para cuando la señora Ardwell regresó a casa, varios días después, todos lo hacíamos, y los brazos de William me envolvían, y creí que no podría ser más feliz.

Gigante roja

Cuando el cabello volvió a asomar en la cabeza de la señora Ardwell rondaba ya septiembre, y aunque débil y canoso, pareció desafiar al otoño y a lo caduco, con el mismo ímpetu con que su dueña se aferraba a la vida. El color volvió a su rostro y recuperó los kilos perdidos, haciendo circular el tiempo hacia atrás, regresando a la luz, al verano, a la vida. Dejó de vestir de negro y aquello la hizo parecer más joven. Si sentía dolor, no lo decía. Sonreía y gustaba de ir a pasear, bien del brazo de William, bien del mío. Siempre paseos cortos, para que la bestia que la devoraba por dentro no se ejercitara en exceso y permaneciera en el letargo.

Fueron días largos de sol y poca lluvia, nada que yo recordara haber visto en Edimburgo. Ya no me importaban ni el instituto, ni las chicas, ni los exámenes o asignaturas. Todo volvía al equilibrio cuando veía a William al otro lado de la verja, a veces en pie, otras en el coche, siempre sonriente. Después del abrazo venía un beso que me devolvía el aire, y luego de mirarle a los ojos lo veía todo verde, aunque

poco a poco la ciudad se tiñera de los tonos amarillos y rojizos del otoño. Hacía semanas que ya no paraba en mi dormitorio, y que mi perfume sustituía el familiar olor de William, olor a preocupación mal encubierta. Estábamos en la cima, y nadie parecía pensar en la posibilidad de un final.

El único a la vista era el del embarazo de Sarah, que por aquel entonces se encontraba ya en el último mes de gestación, hinchada como una gigante roja pero con muy poco de estrella. Era la señora Ardwell quien más tiempo pasaba a su lado, y no Robert, porque a pesar de sus promesas los hoteles lo mantenían lejos y constantemente ocupado. Si tenía algún rato libre lo compartía con todos, no solo con ella. Para Sarah estaban las noches y, a juzgar por sus sonoros ronquidos, hasta eso desperdiciaba.

A William y a mí poco nos importaba. Nuestro tiempo se repartía entre la señora Ardwell, Saint Andrews y el dormitorio. Nos las arreglábamos para combinar los dos últimos la mayoría de fines de semana, y a veces también los dos primeros. Aunque ni Robert ni la señora Ardwell hablaran en voz alta de lo que ocurría entre nosotros, a William y a mí jamás nos faltó un cuarto que compartir en el hotel.

La señora Ardwell era la verdadera estrella de la familia. Una gigante roja, también, pero que consumía las últimas gotas de su combustible para llenarnos de brillo. Cuando ella nos acompañaba el sol también seguía brillando, aunque los días fueran haciéndose más cortos, aunque asomara octubre. Por momentos creí que la cima sería eterna.

Andrew Ardwell, llamado como su abuelo paterno, nació el dos de octubre de 1992; una bolita de tres kilos, piel clara, ojos ambarinos como los de su madre. A pesar del ceño de Sarah, y en lo personal a que llevara su sangre, nos lo íbamos turnando para cargarlo y hacerle arrumacos. La señora Ardwell nos confesó que había temido no vivir para ver aquel momento, y ni siquiera aquello, al recordarnos la bajada de la montaña, atenuó nuestra felicidad. Robert descorchó una botella enorme de Möhet para la ocasión y todos menos una enfurruñada Sarah bebimos hasta achisparnos. El recién estrenado papá nos anunció que se había tomado dos semanas de vacaciones, y que los hoteles tendrían que gestionarse solos mientras tanto. Aquella noche la pasó en el hospital con Sarah, y William y yo acompañamos a casa a la señora Ardwell.

—Estoy muy feliz. ¿Y vosotros? —dijo de camino, en el taxi. Los dos asentimos. De pronto, ella se cruzó de brazos y nos miró con el ceño fruncido—. No os he dicho nada hasta ahora, pero los dos sois adultos y... Bueno, espero que tengáis más cabeza que Robert y hagáis lo necesario para no darme más nietos. En primer lugar, porque soy muy joven para ser abuela, y para seguir porque, aunque viviera cinco o seis años más y me arrugase lo bastante como para merecer el título, Valery tiene que terminar el instituto e ir a la universidad. ¿Entendido?

William se puso rojo como un tomate y yo eché a reír. El conductor del taxi contuvo una sonrisa.

—Mamá, claro que estamos teniendo cuidado —balbució William.

—De acuerdo, suficiente, no quiero saber nada más.

Seguí riendo cuando la señora Ardwell se tapó los oídos y comenzó a hacer aspavientos. A todos se nos había subido el alcohol a la cabeza, y más a ella, que llevaba siglos sin tomar un sorbo. William terminó por sumarse a nuestras carcajadas y lo mismo hizo el taxista.

Días malos

El despertar al día siguiente fue todo menos agradable. William salió pronto para asistir a clase y yo me arreglé también, aunque me dolía la cabeza y notaba un picor molesto en la garganta. Decidí tomármelo con filosofía, y tras una taza de café engullí la píldora anticonceptiva, sonriendo y recordando las bromas del día anterior. Pasé por la habitación de la señora Ardwell antes de salir y vi que seguía dormida. En el jardín delantero me crucé con Robert, que traía una sonrisa bobalicona y tras besarme en la mejilla dijo que venía a darse una ducha rápida y a recoger a su madre para que pasara un rato con el bebé, en la clínica.

El día pasó lento y tedioso. A mi sintomatología se añadió una tos de lo más molesta que fue en aumento hasta que por la tarde se hizo insoportable. Esperé que al menos William estuviera aguardándome a la salida, pero no lo vi. Di una vuelta por si se trataba de un mero retraso y transcurridos veinte minutos decidí volver en autobús.

Cuando llegué a casa supe que algo había ocurrido. Robert aún estaba allí y su expresión era de seriedad. No esperé una respuesta. Arrojé al suelo la mochila y subí las escaleras. Entré en la habitación de la señora Ardwell y suspiré al verla en la cama, todavía en pijama y pálida como en los peores días. Dormía, pero no con la habitual expresión de placidez. Noté la mano de Robert en mi hombro.

—Sabíamos que esto podía pasar.

—Había estado tan bien hasta ahora que...

—El doctor Brown dice que cada vez habrá más días malos. Es el dolor, y... —La mano de Robert ascendió hasta mi mejilla y después mi frente—. ¿Estás bien? Creo que tienes un poco de fiebre.

—No es nada, solo me duele la garganta. ¿Y William? ¿Dónde está él?

—Ha salido a dar una vuelta.

Noté un escalofrío. Tal vez fuera la fiebre, como decía Robert, o la advertencia de que viejos tiempos se avecinaban.

—¿Sarah?

—Sabe lo que ha pasado, pero está bien, no te preocupes.

—Querrá que vuelvas con ella para pasar la noche. ¿Has estado aquí todo el día?

—No voy a moverme de casa hasta que vuelva William.

—Yo podría cuidar de la señora Ardwell...

—Creo que lo que deberías hacer es acostarte. No tienes buena cara... Ven, que voy a prepararte un analgésico y algo caliente.

Suspiré y dejé que Robert me arrastrara hasta la cocina. Era cierto, todos sabíamos que podía volver a ocurrir... Y, sin embargo, por un momento llegamos a pensar que se produciría un milagro y la vida volvería a la normalidad.

Desperté al oír el murmullo de una conversación en el pasillo. Debía ser ya de madrugada, o eso me pareció, aunque estaba tan cansada que no pude abrir los ojos para mirar el reloj.

—Lleva todo el día preguntando por ti, delirando y pidiéndome que te cuidara.

—¿Qué quieres que te diga?

—Pónselo fácil, por favor.

Volví a desvelarme cuando noté que alguien se acostaba a mi lado. Perfume, tabaco, sudor..., alcohol. Olor a preocupación mal encubierta. Cambié de postura hasta que mi cabeza estuvo apoyada en el hombro de William. Él no me rodeó como otras veces, y cuando por fin pude abrir los ojos, vi que los suyos estaban clavados en el techo y, que por verdes que fueran, todo seguía oscuro.

Cuando desperté bien entrada la tarde del día siguiente William ya no estaba. Seguía notando la garganta molesta, el mismo dolor de cabeza y el cuerpo destemplado. Al incorporarme todo me dio vueltas. Apoyada contra la pared recorrí la distancia hasta el cuarto de la señora Ardwell, y se me aceleró el pulso al ver que ella no se encontraba allí.

—Valery, ¿eres tú?

Solté aire al oír su voz detrás de mí. Llevaba un jersey grueso de punto azul y unas mallas negras, y aunque seguía un muy pálida me alegró ver que se había vestido y estaba levantada.

—Debería haber ido a clase hoy —dije.

—Yo también tendría que haber ido a trabajar.

Sonrió y me invitó a pasar a su cuarto. Dejó que me cubriera con su colcha y después me ofreció un vaso de agua en el que diluyó un sobre.

—El doctor Brown dejó esto para ti. Volverá por la noche si te sube la fiebre.

Vi el alivio en sus ojos cuando se tumbó a mi lado. Yo me apresuré a vaciar el contenido del vaso.

—Debería ser yo quien... —empecé.

—No, no te disculpes. Mientras pueda cuidar de ti lo haré con gusto.

—Gracias.

Dejó el vaso vacío encima de la mesita y exhaló un suspiro.

—Yo también lo creí por un momento, ¿sabes? —La sonrisa se borró de su rostro—. Lo siento, Valery. No debería decirte esto.

—Puede decir lo que quiera. No tiene que guardárselo... bastante ha hecho ya por nosotros.

Me acarició el pelo y luego comenzó a masajearme la sien. Al cabo de unos minutos, cuando yo ya había

vuelto a cerrar los ojos, comenzó a hablar en voz baja.

—Desde que tengo uso de razón he conseguido todo aquello que me he propuesto. Todo, Valery. —Su voz se quebró—. Y ayer, por primera vez, quise levantarme y las piernas no me respondían. Ni siquiera pude articular una sola palabra, por mucho que lo intentase, por mucho que... —Me miró y se secó dos lágrimas traviesas de un manotazo—. En realidad no es la muerte lo que me asusta. Lo que me aterra es perder el control. Siempre creí que lo tendría mientras estuviera viva, y ayer comprendí que no será así.

Pensé en mi padre y en sus últimos días. Con mi todo de voz más firme, dije lo único podría aliviarla:

—No dejaremos que sienta dolor.

—Lo sé, pequeña.

—¿Me trae otro vaso de agua?

Cerré los ojos y deje que, por última vez, fuera ella quien cuidase de mí.

Enana blanca

Para cuando yo me recuperé de la gripe se habían sucedido varios episodios de días malos.

La señora Ardwell se veía más débil y menuda al final de cada uno. Aunque el doctor Brown se aseguró de que no le faltara la morfina, pronto hubo que añadir el oxígeno. Sus manos apenas respondían cuando yo las apretaba entre las mías, aunque sus ojos, cuando estaban abiertos, siempre tenían una sonrisa para mí.

En cuanto Sarah recibió el alta se trasladó con el recién nacido al hotel de Edimburgo, para que su llanto agudo y chillón no molestara a la señora Ardwell. Robert pasó todas las noches con su madre, ocupando el lado de la cama que una vez fue el del cabeza de familia, cargo que se había ganado de forma prematura y dolorosa, ahora que su compañera también se iba.

William... Siempre lo notaba acostarse cuando yo llevaba horas durmiendo, trayendo consigo aquel olor a perfume y sudor, tabaco y alcohol, olor a preocupación mal encubierta.

—Tienes que ser tan fuerte como ella —le dije una vez—. Tienes que estar a su lado.

—No puedo. No puedo, no puedo...

Se quedaba dormido repitiendo aquel mantra que me ponía los pelos de punta, aunque todavía me abrazara y se permitiera llorar en mi presencia.

No hubo más días en los que la señora Ardwell pudiera levantarse. Cuando estuvo un poco mejor le trajeron a Daniel, y pasó un par de horas jugando con él. También preguntó por William, pero él había vuelto a desaparecer.

No sé de qué hablaron, o si hablaron, la noche en que él por fin se decidió. Cuando William volvió a nuestra habitación se abrazó a mí y lloró hasta quedarse dormido. Por la mañana los dos nos fuimos a clase, a tratar de seguir con nuestras vidas.

Enana negra

La enana blanca tardó varias semanas más en apagarse, hasta convertirse en un puntito de carbón, la sombra de la luz que fue un día. Permaneció despierta la mayor parte del tiempo, rebulléndose inquieta, resistiéndose a morir. Su respiración trabajosa se escuchaba desde el cuarto de William y por eso él dejó de dormir allí, o en casa, o por las noches.

—Andrew y yo queremos volver—le oí decir a Sarah una tarde—. Llevamos más de un mes en el hotel, como si nuestra ausencia fuera a evitar lo inevitable. Esto... esto no puede continuar.

Pensé que hablaba con Robert pero su voz provenía del cuarto de la señora Ardwell y no recibió respuesta alguna. Me asomé al pasillo y vi que él dormía en un improvisado colchón frente a la puerta, con el pequeño Daniel en brazos. Recorrí la distancia que nos separaba hasta ver a Sarah junto a la cama de mi protectora.

—Piensa también en William. ¿No lo has visto sufrir? ¿No te has dado cuenta de cómo bebe últimamente, de sus malas compañías? Todo esto es culpa tuya.

La señora Ardwell tenía los ojos entreabiertos clavados en su nuera. Los desplazó poco a poco en mi dirección y Sarah dio un pequeño brinco.

—¿Se puede saber qué miras?—me dijo.

—No tienes por qué decirle todas esas cosas.

—Cállate. —Me señaló con el dedo—. Si quieres hacer algo útil despierta a Robert y avisa al doctor Brown. Hace rato que Brenda respira de forma extraña.

—¿Y William?

Sarah echó a reír.

—¿Me lo preguntas a mí?

Los ojos me escocían mientras marcaba los números del médico. Para cuando regresé arriba Robert estaba inclinado sobre la cama la señora Ardwell. Se me aceleró el pulso al escuchar su respiración, cada vez más dificultosa.

—El doctor Brown está en camino.

—No lo entiendo... Lleva puesto el oxígeno y todo parece estar en orden.

—Me dijo que elevásemos la cabecera de la cama. ¿Hay un ventilador en casa? Debemos encenderlo y colocárselo cerca.

Cumplimos las instrucciones del doctor entre los dos, sin que se apreciara mejoría alguna.

Robert me miró con seriedad.

—Valery, quiero que vayas a buscar a William.

Asentí con los ojos llenos de lágrimas. De camino a la salida me topé con Sarah, que acunaba al bebé sentada en el colchón.

—Antes me pareció que estaba en el jardín —dijo.

Su sonrisa me revolvió el estómago, más aún cuando lo encontré allí, aferrado a un libro e impregnado de su olor, alcohol y sudor, tal vez algo de tabaco; olor a preocupación mal encubierta.

—William... Tienes que subir.

No me contestó. Me agaché a su lado y rodeé su cara para obligarlo a mirarme, en vano.

Apretó los párpados aunque no pudo evitar que una lágrima le surcara la mejilla. Lo abracé y cuando sus manos respondieron supe que lo mismo harían sus piernas, por eso tiré de él hasta arrastrarlo al interior de la casa.

Sarah había descendido a la planta baja. El bebé lloraba desafortadamente y la sonrisa se había borrado de su rostro. Aunque había concentrado todos mis esfuerzos en empujar a William escaleras arriba no se me escapó la forma brusca que tenía de acunarlo y el modo en que nos miraba.

La tos de la señora Ardwell me hizo estremecer y paralizó las articulaciones de William.

Esperamos hasta que se calmó y Robert nos hizo señas para que lo acompañáramos. Al ver que su hermano no se movía lo cogió medio en volandas y no lo soltó hasta dejarlo frente a la cabecera de la cama.

El doctor Brown manipulaba las vías y el oxígeno.

—Quiero que os pongáis cómodos —dijo al terminar—. Brenda tiene algo que deciros.

Todos la miramos excepto William, que se dejó caer y terminó hecho un ovillo en el suelo. La señora Ardwell extendió ambas manos. Cuando hice amago de tomar una de ellas palmeó el hueco de colchón que quedaba en su lado izquierdo y volvió a extenderla. Mientras me instalaba junto a ella vi que Robert recibía instrucciones de tenderse al otro lado. Tuve miedo de que nuestra presencia dificultara aún más su respiración pero el doctor Brown asintió varias veces.

—William.

Por un momento pensé que la enana negra había vuelto a convertirse en una gigante roja, pues su voz sonaba fuerte y clara como de costumbre.

—William —repitió.

Robert y yo intercambiamos una mirada. No fue necesario el tercer aviso porque él se incorporó poco a poco. Las manos de la señora Ardwell seguían extendidas, aguardándole.

William se aferró a ellas aun con los ojos cerrados. Solo entonces se dibujó una sonrisa en el rostro de

ella.

—Gracias.

El doctor Brown abandonó la habitación y dejó la puerta cerrada.

Agujero negro

Abismo

William se puso la kilt que tantas veces le había remendado mi madre para el funeral. Escuchó la misa sentado en la hierba del cementerio, la mente quién sabe dónde, pero lejos. Al término de la ceremonia lanzó un escupitajo contra el suelo.

No se inmutó cuando le tendí la mano para ayudarlo a levantarse.

El terreno se volvió borroso mientras recorría los pasos que me alejaron de su lado. Robert tampoco se molestó en secar las lágrimas invisibles de William o en llamarle la atención. Lo vi hablando entre los conocidos de su madre, que eran muchos. Sarah lo acompañaba cargando a Andrew, acunándolo, mirando quién sabe dónde, pero lejos.

De pronto ella murmuró unas palabras y le dejó al pequeño en brazos. Robert lo sostuvo sin voltearse o detener su perorata. Yo sí reparé en cómo Sarah caminaba en dirección a William.

Tomó asiento en el suelo, a su lado; le acarició los hombros y él extendió una mano temblorosa que se detuvo al entrar en contacto con la de ella.

Cerré los ojos.

En aquel momento, fue más fácil creer que Sarah era mejor que yo. Para William, lo sencillo fue mover hacia atrás las agujas del reloj y destrozar el decorado de aquel teatro que constituía nuestro presente...

Precipitarse al abismo que seguía a la cima.

Cambiarlo todo

El constructor de muros nació aquel día. Quizás uno antes o uno después; no sabría decirlo, al igual que no se puede determinar qué copa convierte al bebedor en alcohólico, o en qué momento aparecen el Día o la Persona que lo Cambiarán Todo.

Papá llevaba cuatro años dentro de la caja que aquellos dos hombres habían enterrado bajo la hierba del cementerio, y con él sus palabras.

Yo había necesitado cada uno de ellos para asimilarlas.

Me gustaba ver al constructor de muros desde abajo, sin saber si era yo quien se hundía o él quien se elevaba en una improvisada marea de ladrillos. Sospecho que ascendíamos y nos hundíamos a un tiempo, él construyendo y yo destruyendo, lejos de conformarnos.

Los ladrillos iban cambiando de color: a veces se teñían de alcohol, otras, de soledad, y las más, de Sarah. A menudo me preguntaba si Robert también se había iniciado en las dotes de la construcción, si realmente no veía nada.

Tal vez cuidar de William consistía, únicamente, en verlo construir su muro de evasivas.

La despedida

Una semana después Melissa me instaló en la parte trasera de su coche, un Volvo nuevo, para llevarme con ella.

—No sé si quiero seguir en Edimburgo —le había dicho yo, casi sin pensarlo, cuando llamó para darnos el pésame.

—Ven conmigo, Londres va a gustarte...

Me sorprendió que no cambiara de tema con la misma facilidad con que dio la media vuelta el día que nos despedimos.

—¿Estás... segura?

—Eres mi hermana, Valery. Yo ya estoy completamente establecida aquí. En cambio, Robert va a casarse con esa estirada, William... —Melissa resopló—. ¿Y tú? ¿Qué haces tú allí?

Lo mismo me pregunté yo. Murmuré:

—Iré contigo.

Ya a bordo del vehículo me encogí dentro de los pliegues del asiento y cerré los ojos para refugiarme del paisaje que me rodeaba, aunque cuando mi hermana guardó la última bolsa en el maletero y lo cerró de un portazo, tuve una horrible certeza: aquella era, en verdad, mi casa.

Me dejé arrastrar hasta la mañana en que mamá iba al volante de nuestro antiguo Renault rojo, conduciendo por una carretera cercana a la costa. Melissa había abierto la ventanilla delantera y el pelo castaño se le deshacía en mil bucles saltarines. Estiré la mano para hacerme con uno, pero ella me lo impidió de un manotazo. Mamá no le llamó la atención a pesar de mi chillido; de hecho, noté, evitaba mirar por el retrovisor.

—¿Tendremos que irnos enseguida? —preguntó Melissa.

—Ya oíste a Mademoiselle Gabriel.

—Eso significa que tendremos que irnos, quizá, en menos de tres días.

El motón rugió y el coche sufrió una fuerte sacudida. Mamá se había puesto blanca.

—Ahora no es momento de pensar en eso.

—¿Has comprado los billetes? ¿Y qué me dices del lugar en que vamos a vivir? ¿Tienes idea de con

quién vamos a dejar a Paul? ¿A qué colegio irá Valery? Por duro que resulte, Ann, no podemos pasar por alto esos detalles.

—¡Paul! ¿Qué pasa con Paul?

Me eché hacia delante y sacudí el asiento de Melissa. Ella no se inmutó, había clavado la mirada en mamá.

—Hija, habrá... habrá tiempo para eso. Valery, cielo, no te preocupes por Paul. Anda, siéntate bien.

—¡Quiero saber qué pasa con Paul! ¿A dónde vamos a irnos?

Melissa se dio la vuelta para propinarme un segundo pescozón pero al mirar a través de la luna trasera dejó la mano apoyada en uno de mis muslos. Yo giré la cabeza y solo vi el coche negro y alargado en el que me habían explicado que viajaba nuestro padre. Melissa se giró bruscamente.

—¿Y Paul? —insistí.

Pero ya nadie respondió, ni tan siquiera para explicarme que era la última vez que volvíamos a casa.

—Espera, Melissa.

Desabroché mi cinturón y abrí la puerta del Volvo.

—¿Qué ocurre?

Eché a correr en dirección a la casona.

Empujé la puerta igual que tantas otras veces. El olor me sorprendió como si fuera él el extraño dentro de la habitación y no yo. Anduve despacio regodeándome con el eco de mis pisadas sobre aquel suelo que nunca más volvería a pisar. Después cerré los ojos y tomé aire como si en una sola inspiración pudiera retener las formas, los colores, el olor, el calor...

Miré las escaleras como la primera vez e imaginé que William se escondía arriba, que allí guardaban quién sabe qué tesoros, que yo volvía a ser una niña. No pude, sin embargo, controlar el torrente de imágenes que acudió a mi memoria.

Subí un par de peldaños y me senté pegada a la barandilla mirando la lámpara de cristal, que ya no me pareció ni tan grande ni tan brillante. Escuché las voces distantes de Robert y Sarah, que ya me habían despedido para continuar con sus vidas; el llanto distante del pequeño Andrew, el eco de su última discusión.

Ya en el exterior, admiré por última vez la casona de muros ahumados. Melissa me esperaba con los brazos en jarras

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí.

—Solo... solo quería despedirme.

Llené mis pulmones de Escocia y antes de decir adiós giré la cabeza en busca de William.

Él no estaba, ni lo estaría.

Epílogo

Papá solía decir que nadie recuerda el momento en que aparece la Persona que lo Cambiará Todo, de la misma manera en que se pasa por alto el encuentro con un desconocido. Un apretón de manos, contaba, no es suficiente para leer el futuro.

Decía, también, que nadie es capaz de adelantarse al Día que lo Cambiará Todo, igual que resulta imposible predecir el tiempo en Edimburgo. Una mera intuición, aseguraba, no es suficiente para leer el futuro.

Papá llevaba cuatro años dentro de la caja que aquellos dos hombres habían enterrado bajo la hierba del cementerio, y con él sus palabras. Por suerte yo ya las había comprendido, y había dejado de buscar su sentido en cada acontecimiento o en cada persona que se cruzaba conmigo.

Desperté pasadas algunas horas de viaje y vi mi rostro reflejado en el retrovisor, enmarcado por la carretera borrosa. Melissa canturreaba al volante. Batallé para que mis párpados no se cerraran, hasta que mi frente golpeó el cristal de la ventanilla, y mi reflejo somnoliento me sorprendió nuevamente.

Lo había visto tantas veces, en tantos días distintos...

Nunca como entonces.

Pensé en papá, cerré los ojos y sonreí.

A todas las mujeres que, cuando soplan vientos de cambio,

construyen molinos en lugar de muros.

Document Outline

- [PRIMERA PARTE](#)
 - [La Persona que lo Cambiará Todo](#)
 - [Retales](#)
 - [Medidas](#)
 - [Luto](#)
 - [La muñeca](#)
 - [Escaleras y fantasmas](#)
 - [Pasar página](#)
 - [Crecer](#)
 - [Velas, espejos y ropa en el pasillo](#)
- [SEGUNDA PARTE](#)
 - [El Día que lo Cambiará Todo](#)
 - [Otra vez papá](#)
 - [Tiempo](#)
 - [Paul](#)
 - [Inocencia](#)
 - [La pena de los demás](#)
 - [Viviremos en Edimburgo](#)
 - [El muro de William](#)
 - [Explicaciones](#)
 - [Una hora menos](#)
- [TERCERA PARTE](#)
 - [Razones](#)
 - [Querer o culparse \(I\)](#)
 - [Querer o culparse \(II\)](#)
 - [Todo bien](#)
 - [Vacaciones, ronchones y vestidos](#)
 - [Si no tuviéramos que morir](#)
 - [Deseos de cosas imposibles](#)
 - [La mejor medicina](#)
 - [La cima](#)
 - [Analizar](#)
 - [Vergüenza](#)
 - [Gravedad](#)
 - [Saberlo todo](#)
 - [Amor](#)
 - [Gigante roja](#)
 - [Días malos](#)
 - [Enana blanca](#)
 - [Enana negra](#)
 - [Agujero negro](#)
 - [Abismo](#)

- [Cambiarlo todo](#)
- [La despedida](#)
- [Epílogo](#)